OBRAS DRAMÁTICAS

DE

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

I

Emilio Zola

Ó

El Poder del Genio

Drama en 6 actos divididos en 13 cuadros y un epílogo

Inspirado en el famoso proceso del Capitán Dreyfus

Estrenado en el Teatro Circo Barcelonés la noche del 12 de Abril 1903

PRECIO: UNA PESETA

DEPÓSITO DE VENTA:

LIBRERÍA MARAGUAT

Pintor Sorolla, núm. 30

VALENCIA

3

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

I

Emilio Zola

Ó

El Poder del Genio

Drama en 6 actos divididos en 13 cuadros y un epílogo

Inspirado en el famoso proceso del Capitán Dreyfus

Estrenado en el Teatro Circo Barcelonés la noche del 12 de Abril 1903

PRECIO: UNA PESETA

DEPÓSITO DE VENTA:

LIBRERÍA MARAGUAT

Pintor Sorolla, núm. 30

VALENCIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Imprenta de Antonio López y C.ª, Isabel la Católica, 3.-Valencia

Estreno en Barcelona

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Blanca Florisel	Srta. Llorente.
Elvira de David	» Bozzo.
Mercedes de Robinat	» Morera.
Gabriela (criada)	» Baró.
Emilio Zola	Sr. Bozzo.
Padre D'Aiglón (de la Compañía de Jesús)	» Nieto.
Alfredo David (Capitán de Artillería)	» Oliver
Genaro David	» Muñoz.
Massenet (Abogado)	» Viñals.
General Fouquet	» Guardia.
Coronel Gastón	» Morer.
Comandante Robinat	» Blanca.
Coronel Bertrand	» Llorente.
Comandante Walter Lacy	» Viñas.
Oficial de la Guardia Republicana	
Padre Darrás (de la Compañía de Jesús)	
Padre Leocadio (Id. id. id.)	
Carnot (criado)	
Viejo Durand	
Oficial de guardia	

Pueblo, soldados, jesuítas.

725356

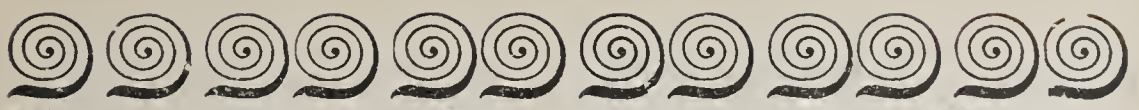
Estreno en Alicante y Valencia

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Blanca Florisel	Sra. Ricart (1).
Elvira de David	Srta. Olona.
Mercedes de Robinat	Sra. González.
Gabriela	Srta. Balestroni.
Emilio Zola	Sr. Ortega.
Padre D'Aiglón	» Augusto.
Alfredo David	» Torres.
Genaro David	» Amorós.
Massenet	» Llonch.
General Fouquet	» Castells.
Coronel Gastón	» Nieva.
Comandante Robinat	» Blanca.
Coronel Bertrand	» Soto.
Comandante Walter Lacy	» Venegas.
Oficial de la Guardia Republicana	» Ll.
Padre Darrás	» N.
Padre Leocadio	» Ortega (hijo).
Carnot	» Casabán.
Viejo Durand	» Olivar.
Oficial de guardia	» Salazar.

Pueblo, soldados, jesuítas.

(1) En Valencia representó también el papel de *Blanca Florisel* la primera actriz Srta. Elvira Lafont.



ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

El memorándum anónimo

Sala de lujo con acceso á otras contiguas en la casa de Blanca Florisel. Salidas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen por la derecha (entiéndase siempre la del actor) BLANCA FLORISEL y MERCEDES DE ROBINAT

BLA. Me has de revelar la causa de tus preocupaciones.

MER. No tengo ninguna.

BLA. No lo creo.

MER. Puedes creerlo.

BLA. ¿Tratas de ocultarme la verdad siendo tu mejor amiga?

MER. Si nos oyeran.

BLA. Nada temas. Están muy ocupados en la sala del billar con su partido de carambolas. (Dentro fuertes rumores), ¿Les oyes?

MER. Efectivamente.

BLA. Siéntate aquí, á mi lado. Ocupemos entre ambas este diván. (Se sientan). ¿Sin preámbulos?

MER. Sin preámbulos.

BLA. Tú no vives bien con tu marido.

MER. Has puesto el dedo en la llaga; admiro tu penetración.

BLA. ¿Estás quejosa de su amor? ¿Alguna querida, eh?

MER. Nada de eso.

BLA. ¿Entonces...?

MER. Desgraciadamente no se trata de una infidelidad pasajera. El mal es mucho más hondo.

BLA. Me dejas atónita.

MER. Cambia la activa por pasiva.

BLA. ¿Cómo? ¿Sospecha acaso de tí?

MER. Eso.

BLA. ¡Tú! Una mujer tan casera y honrada inspirar celos á un hombre como Robinat. Querida, no lo creo.

MER. Haces bien, porque no está en los celos la causa de su conducta.

BLA. ¿Tampoco?... Entonces ya no lo entiendo.

MER. Me explicaré: El mal tiene origen en el cargo que desempeña mi esposo en el Ministerio de la Guerra.

BLA. Creo que pasó al negociado de informes.

MER. Cabal... Y desde que tomó posesión de ese dichoso destino, no ve más que espías y conspiradores por todas partes. Se le ha metido en la cabeza que la salud de la Francia depende de su celo en averiguación de no sé qué imaginarios traidores.

BLA. Eso es muy loable; pero ¿qué tiene esto que ver con lo otro?

MER. Es que también sospecha de mí.

BLA. De tí..., já!... já!... já!

MER. Ríete... sí... ríete...

BLA. Pero, mujer... eso es altamente inverosímil.

MER. No hay nada inverosímil tratándose de su manía persecutoria. ¿Te acuerdas de mi primo?

BLA. De tu primo Jacobo; sí.

MER. Pues ha tenido que emigrar á España, acosado por las sospechas de mi esposo.

BLA. Ah, vamos... ¿Supuso que tú y Jacobo...?

MER. No, mujer, no... Vuelvo á decirte que no se trata de amoríos.

BLA. ¿Cuál fué su sospecha?

MER. Se le figuró que mi primo estaba vendido al oro de los alemanes, y que venía á nuestra casa, no para hacerme la corte, sino para ganar mi voluntad y apoderarse de alguno de los secretos de Estado confiados á la lealtad de mi marido.

BLA. ¡Qué barbaridad!

MER. Comenzó á mirarnos de reojo, y si no es por mí, que pude avisarle á tiempo, cae el pobre Jacobo en las garras de la Justicia militar.

BLA. ¿Denunciado por Robinat?

MER. Exactamente.

BLA. Ya no me río. Eso es muy grave.

MER. Y tan grave.

BLA. Pero bien. ¿En qué se fundó? ¿En qué pruebas ó en qué indicios para tomar tan extrema resolución?

MER. Para mi esposo constituye prueba plena de espionaje y traición á la patria, cualquiera de los tres hechos siguientes: saber el alemán, casarse con mujer alemana ó hacer más de un viaje á Berlín.

BLA. Eso es absurdo.

MER. Díselo á él, y te entregará á un Consejo de Guerra.

BLA. Silencio... Alguien llega.

ESCENA II

DICHAS y el Comandante WALTER LACY, por el foro, de uniforme de infantería

WAL. ¿De conciliábulo?

BLA. Pase usted, mi querido Walter Lacy.

WAL. (Saludando á Mercedes). ¡Ah! La señora de mi amigo y compañero Comandante Robinat... ¿Cuánto tiempo...?

MER. Mucho... Apenas salgo de casa.

WAL. Modelo de virtudes conyugales.

MER. No tanto... No tanto.

WAL. ¿Y usted, Blanca? (Saludando).

BLA. Sin novedad. (Rumores dentro y aplausos).

WAL. Qué es eso... ¿Qiénes están en la sala de billar?

BLA. Todos sus amigos: el Coronel Gastón sostiene un partido de cien carambolas contra su acérrimo adversario el Comandante Robinat.

WAL. Voy á escape á ver si queda tiempo para apostar por el segundo. Con permiso.

BLA. Sí... Sí... Vaya usted. (Váse el Comandante por la derecha).

ESCENA III

BLANCA y MERCEDES

BLA. Cuéntamelo todo porque ardo en viva curiosidad.

MER. Ahora... Pero ésto que quede oculto en tu pecho.

BLA. Habla sin temor alguno.

MER. Ahora se ha empeñado en que debe haber un traidor en su mismo negociado.

BLA. ¿Un traidor?

MER. Eso dice.

BLA. ¿Y en qué se funda?

MER. En la falta de algún documento de importancia.

BLA. ¿Y dado el genio de tu esposo...?

MER. Figúrate cómo andará aquella cabeza. Tiene unos recursos de imaginación que espantan... Se ha dedicado al hipnotismo para sugestionar á nuestra criada Irene que es sonámbula.

BLA. ¿Con qué objeto?

MER. Con objeto de obtener no sé qué clase de fenómeno, que según dice, ha de arrojar mucha luz sobre sus obscuras cavilaciones... Esto no es nada. ¿A qué no sabes de qué medio se sirve para sorprender algunos de los secretos de Alemania?

BLA. Ya lo sé,

MER. ¡Cómo! ¿Tú sabes?

BLA. Confianza por confianza. Ya sé que van á parar al Ministerio de la Guerra, los papeles inutilizados que se arrojan al cesto en la Embajada Alemana, pagando bien al trapero que los recoge.

MER. ¿Quién te lo ha dicho?

BLA. El Padre D'Aiglón.

MER. ¡Ya! Este debe haberlo sabido por el general Fouquet, su admirador fervoroso.

BLA. Indudablemente. Prosigue.

MER. Pues bien: tú no puedes figurarte la zambra que mueve mi esposo con los pedazos de papel que traen los sacos... No está satisfecho

con la tarea que le dan en el Ministerio y viene á casa con los bolsillos llenos. Se encierra en su despacho, y allí prosigue su obra de reconstitución de documentos, olvidándose de mí por completo, y apareciendo sólo cuando le llaman para comer.

BLA. ¿Y dices que sospecha de alguno que sirve á sus órdenes?

MER. Sí, de ua capitán de artillería. (En voz baja con mucho misterio).

BLA. ¿Cómo se llama?

MER. Se llama... Se llama. ¡Ah! Ya recuerdo... ¡David!

BLA. ¿David? ¿Dices que David?

MER Mucho es tu interés. ¿Le conoces?

BLA. David debe ser el apellido. ¡Su nombre!... ¿No sabes su nombre?... Recuérdalo, Mercedes, te lo suplico.

MER. Te he dicho todo lo que sabía... Varias veces he sorprendido á mi esposo diciendo en sus sempiternos soliloquios:—No hay duda, quien vende nuestros secretos es ese David... ¡Ese perro judío!

BLA. Entonces no hay duda ¡es él!

MER. ¿Quién?

BLA. ¡Alfredo David!

MER. Te has puesto pálida; nerviosa. ¿Qué ocurre, Blanca? ¡Yo soy ahora quien te interroga llena de curiosidad!

BLA. Mercedes, ese capitán, ese David... ¡Oh! No quiero recordarlo.

MER. Tus ojos despiden llamas... Tus frases rebosan veneno. ¿Tanto le odias?

BLA. Con todas mis potencias y sentidos.

MER. ¿Qué te ha hecho?

BLA. Conquistó mi corazón. Le amé con delirio. Lo olvidé todo. Una historia de humillación y vergüenza. Me abandonó por otra... por la que es hoy su esposa. Sofoqué la rabia en lo más hondo de mi pecho. Me sentí humillada, no sólo en mi pasión de mujer, sino también en mis sentimientos de cristiana. Un miserable judío pisoteó mi amor propio. ¡No puedes figurarte el odio que has revuelto en mi corazón!

(Dentro grandes rumores y palmadas). Debe haber terminado la partida. Callemos. Mañana iré á verte á tu casa. ¡Quién sabe si tu marido, cumpliendo con su deber, será en esta ocasión el instrumento de mi venganza!

ESCENA IV

DICHAS, General FOUQUET, Coronel GASTÓN y Comandante ROBINAT de uniforme perteneciente al Estado Mayor y Comandante WALTER LACY

WAL. ¡No puedo soportar á los chambones!

BLA. ¿Quién ha perdido?

MER. Mi esposo, naturalmente.

WAL. Pero de nn modo depresivo, humillante.

ROB. Hay días siniestros.

WAL. Me has hecho perder estúpidamente doscientos francos.

FOU. Mucho le duele la pérdida.

WAL. No por la suma, mi general, que es insignificante, sino porque mi campeón no se ha defendido. Ni siquiera ha puesto á salvo el honor de las armas.

GAS. Yo creo, señores, que el éxito debe atribuirse á mi buena estrella. Confieso que jamás he tenido un pulso más certero.

ROB. No, mi coronel... Realmente he estado muy torpe. Solamente hemos igualado á cincuenta carambolas, cosa que no me ha ocurrido nunca jugando con usted.

GAS. Sin embargo..., sin embargo...

WAL. ¿Pero qué diablos te ocurrió cuando tenías admirablemente los bolas reunidas en aquel ángulo? ¿Por qué razón te diste aquella palmada en la frente para dar acto seguido tan fuerte tacazo?

ROB. ¿Qué sé yo?

FOU. Sin duda le vino á las mientes alguna combinación sublime, y trató de reunirlas al otro ángulo para admirarnos con su habilidad y destreza.

ROB. Usted lo ha dicho, mi general.

WAL. Pues te luciste.

GAS. Veo que Walter Lacy no se resigna fácilmente á la pérdida que ha experimentado; venga mañana y le daremos la revancha.

BLA. Alto allá. Hay que contar conmigo.

FOU. Es verdad.

GAS. Y que aquí no puede decirse que no contábamos con la huéspeda, porque usted es la dueña de este delicioso hotel.

FOU. Y añada que de nuestras personas.

BLA. Me abruman con su galantería. Desde hoy me considero en el caso de prohibirles la entrada en el salón del billar si no me dan palabra formal de no cruzar dinero alguno en las apuestas. Ya lo ven ustedes, Walter Lacy está inconsolable como Calipso.

WAL. ¡Oh! No tanto. No soy hombre que se arredra por doscientos francos. Esta es sólo una cuestión de crítica.

FOU. Dice bien nuestra dueña y señora. Usted, comandante, no dispone de más bienes de fortuna que su paga y no puede resistir tan fuertes golpes. Consuélese, sin embargo, porque esta es la primera vez que he tenido la suerte de ganarle.

WAL. ¡Oh, mi general! Usted me hace recordar que todavía no he puesto en su poder los doscientos francos. Tome usted. (Hace ademán de sacar el dinero).

FOU. No se impaciente, no corre prisa. (Extendiendo el brazo como para recibir el dinero).

WAL. (Cuadrándose militarmente). Mi general, no insisto; la obediencia es el primer deber del soldado.

FOU. (¡Me ha reventado!) (Aparte).

WAL. (No llevo encima ni un céntimo). (Aparte).

BLA. Gracias, mi general. Ya veo que le ha dado usted á mi súplica un efecto retroactivo.

FOU. Y tan retroactivo, señora.

WAL. La verdad es que dábamos excesiva importancia á una simple partida de billar.

FOU. Llegó usted á concederla honores de gran batalla; pero afortunadamente, sólo le ha resultado una ligera escaramuza.

WAL. Gracias al refuerzo de Blanca, mi general.

BLA. Eso es, gracias á mi refuerzo.

GAS. Yo debo declarar que no hubiese puesto mayor empeño aunque se hubiese tratado de tomarles una trinchera á los alemanes.

ROB. (Dándose una palmada en la frente). ¡Los alemanes!

WAL. Ya pareció aquello.

ROB. ¿Y qué es aquello?

WAL. El motivo por el cual has perdido la partida de carambolas.

ROB. No comprendo.

BLA. Explíquese usted, Walter.

WAL. La cosa es bien sencilla. Acabas de darte una palmada en la frente lo mismo que antes, lo cual indica que el recuerdo de los alemanes te pone nervioso. Así te salió aquel espantoso tacazo.

BLA. Creo que el comandante ha puesto el dedo en la llaga.

FOU. ¿Es eso cierto, Robinat?

ROB. ¡Oh! ¡No tal!

GAS. Si así fuese, mi general, no le queda á usted otro recurso que ir á Berlín á cobrar sus doscientos francos.

BLA. ¡Muy bien dicho!

WAL. Ya lo oyes, amigo Robinat. ¡A Berlín!

FOU. Me hacen ustedes el héroe por fuerza. Bien pudiera ser que no tardásemos en realizar nuestro deseo.

BLA. ¡Cómo! ¡Cómo! Que se expliquen esas palabras.

FOU. La discreción me impide ser más explícito.

BLA. ¿Estamos abocados á una segunda guerra?

FOU. Todo es posible, pero hoy la guerra se hace en los gabinetes europeos. En vez de balas de cañón, las naciones se disparan notas diplomáticas. El primer tiro parte siempre del negociado de informes del Estado Mayor, pero allí está mi bravo, mi sagaz Robinat.

ROB. Mi general, ese elogio es mi mayor recompensa. (Cuadrándose militarmente).

BLA. Protesto de tanta formalidad. A ver si ahora convierten ustedes mi casa en oficina del Estado Mayor.

ESCENA V

DICHOS Y EL PADRE D'AIGLÓN por el foro

D'AIG. A la paz de Dios.

FOU. ¡El Padre D'Aiglón!

BLA. (Corriendo á su encuentro para besarle la mano). Bien venido, Padre, bien venido.

D'AIG. Hola, mi bizarro general Fouquet.

FOU. (Dándole la mano). Siempre á sus órdenes, Padre.

D'AIG. El coronel Gastón.

GAS. Muy honrado con estrechar la mano de varón tan ilustre.

D'AIG. ¿Y usted, mi querido Robinat? ¡Ah! Allí veo á su cara esposa. Quietos, quietos. Salud á todos.

BLA. Tome asiento, Padre.

D'AIG. (Toman asiento). Me place hallarme entre los míos. Y bien, continúen su interrumpida conversación, si mi presencia no es un obstáculo.

FOU. Al contrario. Llegó usted cuando hacíamos congeturas sobre el caso probable de una ruptura de relaciones con Alemania.

D'AIG. ¿Una nueva guerra con los alemanes?... Que locura tan insigne... otra es la guerra que conviene á los franceses. El enemigo se halla en nuestro propio suelo, en el interior de Francia. Aquí podemos decirlo; en esta casa se respira un ambiente puramente católico, y cuantos asisten á estas reuniones, se hallan bien lejos de haberse contaminado con el espíritu corruptor de la llamada civilización moderna. ¿Para qué empuñar los aceros y traspasar las fronteras dejando en casa al más funesto adversario? La guerra debe hacerse por santa obligación; pero es contra los impíos que amenazan destruirlo todo: hogar, familia, patria y religión. Guerra á esas libertades políticas, causa del indiferentismo religioso que se nota en las conciencias. Guerra sin tregua ni cuartel contra liberales y fracmasones, enemigos declarados de nuestros grandes principios de religión y moral... y sobre todo,

¡guerra á los judíos, que se van convirtiendo en señores de la Francia, azotando el rostro de los buenos católicos con la túnica ensangrentada de Jesús!

FOU. ¡Bravísimo, Padre, bravísimo!

GAS. No en vano le llaman el más elocuente de los oradores sagrados.

BLA. Me ha conmovido.

MER. Su palabra es un portento.

WAL. (Aparte á Robinat). (¡Vaya un tío!)

ROB. (¡Fenomenal!)

FOU. ¡Ah! Si nosotros no estuviésemos, ante todo, ligados al deber militar. .

D'AIG. Error profundo, general, error profundo. Ante todo siervos de Jesús. No hay bajo los rayos del sol, ni encima tampoco, un deber más imperioso que aquel que se consagra al servicio de Dios.

GAS. Verdaderamente que la inmoralidad se va enseñoreando de todos los corazones.

BLA. El vicio se ha entronizado.

MER. El corazón lo domina todo.

D'AIG. He ahí la gran fatalidad humana; el corazón. Nosotros, los jesuitas, educamos la cabeza y destruímos esa entraña moral. Dichoso día aquel en que nuestra Orden se erija en maestra universal de la juventud. La sociedad nos entregará sus más tiernos adolescentes y nosotros le devolveremos hombres de entendimiento, amantes de Jesús... pero sin corazón... sin corazón...

FOU. ¿Cómo no confunde Dios á los malos con su divina cólera?

WAL. Por una razón muy sencilla, mi general: porque son más que los buenos.

D'AIG. ¡Dios pone á prueba la fortaleza de sus amantísimos hijos! ¡La fe se acrisola en las adversidades de la vida y las persecuciones de los descreídos! Mucho podría decirse sobre esto. Me propongo desarrollar la misma tesis en mi sermón del próximo sábado.

FOU. No faltaremos.

BLA. Allí nos verá usted en primer término.

WAL. Con permiso de ustedes, señoras, y de usted,

mi general... me veo precisado á dejar tan gratísima reunión.

ROB. Aguarda... Mercedes y yo también nos retiraremos.

FOU. Entonces, desfile completo. El coronel y yo haremos lo propio.

D'AIG. Adiós, señora.

MER. (A Blanca). Hasta mañana.

FOU. (Besando la mano al Padre D'Aiglón). Siempre á sus órdenes.

D'AIG. Adiós, mi querido Fouquet. (Vánse todos por el foro menos el Padre D'Aiglón y Blanca).

ESCENA VI

D'AIGLÓN Y BLANCA

BLA. ¡Padre! Ha llegado en una hora crítica para mi conciencia.

D'AIG. ¿Cómo así?

BLA. Se trata de un capitán judío á quien odio con todo mi corazón.

D'AIG. El odio á los judíos es obligado para toda buena cristiana.

BLA. Es que además le aborrezco como mujer.

D'AIG. ¿Heridas de amor propio?

BLA. Un resentimiento que llevo grabado en el alma. Una historia de amores que...

D'AIG. No me la refiera. La adivino. ¿Cómo se llama?

BLA. Alfredo David.

D'AIG. Según creo ese capitán pertenece al cuerpo de Artillería.

BLA. Así es.

D'AIG. ¿No le tiene el comandante Robinat á sus órdenes?

BLA. Justo.

D'AIG. ¿Y es él la causa de esa crisis de su conciencia?

BLA. Voy á confesárselo todo. Ese hombre está haciendo traición á su patria.

D'AIG. ¿Qué escucho?

BLA. La suerte le pone en mis manos y puedo aplastarle.

D'AIG. ¿En qué consiste la traición?

BLA. Hay vehementes indicios de que sustrae documentos de importancia del despacho confiado á su lealtad.

D'AIG. ¡Hola! ¡hola! ¿Con que judío y traidor á su patria?

BLA. ¿No es verdad que merece un castigo terrible...?

D'AIG. (Pensativo). ¡Veamos... veamos...!

BLA. Se ha quedado pensativo.

D'AIG. (Aparte). (¡Buen golpe para el judaismo francés, y para todos los que favorecen su causa! ¡Oh, qué luz envía Dios á mi cerebro...!)

BLA. ¿Qué dice usted, Padre?

D'AIG. ¡Hija mía. Sin duda el cielo ha encendido en tu corazón la llama del odio para que pueda llevarse á cabo uno de sus más gloriosos designios!

BLA. ¿Puedo satisfacer mi resentimiento sin ningún escrúpulo de conciencia?

D'AIG. Más todavía. ¡Puede soliviantarse el patriotismo del pueblo francés viendo que los judíos tratan de vender á la Francia!... ¡Pueden caldearse las pasiones haciendo que se dividan liberales y demócratas!... Y luego... luego, una espada salvadora... la del Príncipe de Orleáns, por ejemplo, que restaure el arca santa de nuestras venerandas tradiciones.

ESCENA VII

DICHOS y el criado CARNOT por la derecha

CAR. ¡Señora! ¡Señora!

BLA. Mi buen Carnot, ¿qué hay?

CAR. Que alguno de los caballeros que há poco estuvieron en la sala del billar, ha debido dejarse olvidada esta cartera.

BLA. ¿Sí? Venga. Ya la restituiremos á su dueño cuando éste parezca. Véte. (Váse Carnot por donde vino).

ESCENA VIII

BLANCA y el P. D'AIGLÓN

BLA. ¿De quién será?

D'AIG. Fácil es averiguarlo.

BLA. No puedo resistir á la tentación... A ver..? Tarjetas... de Walter Lacy... Ya hemos dado con el dueño.

D'AIG. ¿Walter Lacy? Es persona sospechosa... Gasta más de cien mil francos al año... Siga usted registrando...

BLA. Un memorándum...

D'AIG. Lea usted.

BLA. (Leyendo). «Voy á salir á maniobras, pero muy pronto; si usted lo desea le mandaré algunas notas que tratan...»

D'AIG. ¡Hola, hola!

BLA. «Primero: De la descripción detallada del freno de la pieza del 120 corto.»

D'AIG. ¿Qué escucho?

BLA. ¿Tiene esto importancia, Padre?

D'AIG. Mucha. Walter Lacy promete mandarle á una persona, que no se sabe quién es, documentos de suma trascendencia á juzgar por el primero que figura en la lista. Siga leyendo.

BLA. (Escuchando). Ruído de pasos.

D'AIG. Walter Lacy que viene en busca de su cartera.

BLA. ¿Qué hacer?

D'AIG. Guárdela usted.

BLA. Sí. La guardaré. Serenidad.

ESCENA IX

DICHOS y WALTER LACY, agitado.

WAL. ¡Blanca... Padre D'Aiglón! Dispensen ustedes. Vengo algo agitado... He debido dejar mi cartera olvidada en la sala de billar.

BLA. ¡Siempre tan distraído! (Llamando.) ¡Carnot! ¡Carnot!

ESCENA X

DICHOS, CARNOT

BLA. ¿No has puesto en orden la sala de billar?

CAR. Sí, señora.

BLA. (Mirándole fijamente). ¿Y... no has encontrado nada?

CAR. No entiendo á la señora...

BLA. Fácil es entenderme. ¿Cómo no has hallado una cartera que el señor dice haberse dejado olvidada?

CAR. ¡Ah!, ya comprendo...! Nada he visto.

WAL. Es extraño...

BLA. Vaya usted, amigo Walter, á cerciorarse por sí mismo. Acompáñale, Carnot. No dejen ningún lugar sin registro. (Vanse Walter y Carnot por la derecha).

ESCENA XI

BLANCA y P. D'AIGLÓN

D'AIG. (En voz baja). Tiene mucho instinto ese Carnot.

BLA. Es muy listo.

D'AIG. La cuestión estriba en que el comandante no se halle muy seguro.

BLA. De fijo que no lo está. Es un loco... un aturdido...

D'AIG. ¿No se ha fijado usted en la agitación que traía?

BLA. Ya lo creo.

D'AIG. Esto aumenta el interés de nuestro hallazgo. Aquí vuelve.

ESCENA XII

DICHOS, WALTER LACY por la derecha.

WAL. Efectivamente, no se encuentra.

BLA. Lo siento mucho.

D'AIG. ¡Mala cabeza, comandante, mala cabeza! Sírvale de escarmiento para vivir en adelante más prevenido.

BLA. ¿Y no recuerda usted dónde ha podido dejársela?

WAL. No... no señora. Estoy completamente desorientado.

D'AIG. ¿Contenía dinero ó algún documento de importancia?

WAL. Dinero muy poco. La pérdida es insignificante... mi interés en recobrarla estriba en unas cartas que contiene.

BLA. Algún amorío...

WAL. No, no. Cartas de familia. Voy corriendo á la casa de un amigo, en la cual estuve antes de venir aquí.

D'AIG. Bien pensado. Tal vez logre allí recobrarla.

WAL. Adiós, Blanca. Beso á usted la mano, Padre.

D'AIG. Vaya usted con Dios, y más cuidado en lo sucesivo ¿eh?

WAL. Prometo no olvidar su consejo. (Mutis foro).

ESCENA XIII

BLANCA Y P. D'AIGLÓN

D'AIG. No hay tiempo que perder. Cerremos estas puertas por precaución. (Cierra las que dan á la habitación contigua). Venga el pliego, acabemos de leer su contenido. (Blanca saca la cartera y le entrega el pliego).

«Segundo: De las medidas adoptadas para la movilización de la Artillería. Tercero: Del plan de operaciones para Madagascar. Cuarto: De la movilización del Ejército sobre la frontera alemana.»

BLA. Padre D'Aiglón... ¡Eso es muy grave!

D'AIG. ¡Y tan grave! Aquí tiene usted explicado el origen de los cien mil francos que gasta al año el comandante, sin más bienes de fortuna que su paga.

BLA. ¿Usted cree...?

D'AIG. Creo que yendo á caza de un traidor, probable, hemos dado con un traidor seguro.

BLA. ¿Será Walter Lacy quien sustrae los documentos del negociado de informes?

D'AIG. Es muy posible: sólo que Walter Lacy no es judío.

BLA. (Fijándose detenidamente en la letra del memorándum). Esa letra... ¡Yo conozco esa letra!

D'AIG. ¿Usted?

BLA. ¡Ah! Sí, ya caigo.

D'AIG. ¿Cómo?

BLA. Espere un instante. (Abre un secreter y saca una carta).

D'AIG. ¿Qué es eso?

BLA. Una misiva de amor. Una carta de Alfredo David. Mire usted que semejanza tiene la letra de ambos escritos.

D'AIG. Cierto, sí: parecen hechos por la misma mano.

BLA. ¡Qué coincidencia tan extraña!

D'AIG. ¡Acaso esto sea una obra del Cielo! Figúrese usted por un instante que este documento fuese á parar á manos de ese lebrel de Robinat...

BLA. ¡Entonces Walter Lacy era perdido!

D'AIG. No, hija mía; como la letra del capitán es tan parecida, y como ya se sospecha de su lealtad...

BLA. ¡Ah! Tiene usted razón, el comprometido es David.

D'AIG. Pero ¿de qué modo llega á poder de Robinat este documento?

BLA. (Después de meditar un momento). Nada más sencillo.

D'AIG. ¿Tiene usted algún medio?

BLA. ¿No van á parar al Ministerio de la Guerra los papeles inutilizados que se arrojan al cesto en la Embajada Alemana?

D'AIG. Efectivamente.

BLA. ¿No compulsa el comandante los pedazos de papel encontrados, restaurando los documentos que ofrecen algún interés?

D'AIG. Sí... sí.

BLA. Se rompe este memorándum en cuatro pedazos.

D'AIG. Y se introduce en uno cualquiera de los sacos.

BLA. El comandante los encuentra...

D'AIG. Los une...

BLA. Reconstituye el escrito...

D'AIG. Advierte que la letra es del capitán...

BLA. Se confirman sus sospechas...

D'AIG. Y se procede contra el supuesto traidor... ¡Magnífico, hija mía!

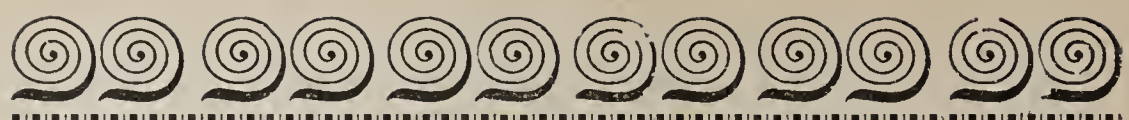
BLA. Yo me encargo de que esta idea se lleve á cumplido efecto. Mas siendo el capitán inocente...

D'AIG. ¡Inocente ó culpable, Dios le señala como instrumento de su justicia! ¡Jesús era también inocente, y ellos, los judíos, le escarnecieron y le crucificaron sin piedad de ningún género! Así se redimirá ese judío de la maldición que pesa sobre su frente.

BLA. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! (Besando la mano del jesuíta).

D'AIG. ¡Amén! (Se dirige al foro para hacer mutis y cae el

TELÓN



ACTO SEGUNDO

CUADRO SEGUNDO

El complot orleanista

Decoración: Telón muy corto en el cual se halla pintado en perspectiva el interior de una celda perteneciente á uno de los colegios de la Compañía de Jesús.

ESCENA PRIMERA

Al verificarse la mutación aparecen por la derecha el P. D'AIGLÓN y el GENERAL FOUQUET

D'AIG. Venga aquí, amigo mío; dentro de mi celda podemos hablar con entera libertad.

FOU. Padre D'Aiglón; vamos á llevar á cabo un acto de justicia que promete tener gran resonancia.

D'AIG. Sepamos... Sepamos...

FOU. Trátase de un canalla traidor á su patria, quien para deshonra del ejército, viste el honroso uniforme de capitán de Artillería.

D'AIG. ¿Cómo se llama ese desdichado?

FOU. Alfredo David.

D'AIG. ¿Qué crimen se le imputa?

FOU. Ha vendido á los alemanes importantes documentos que comprometen la paz de la nación.

D'AIG. ¿Y le formarán sumaria?

FOU. Ya está dada la orden de arresto. El comandante Robinat ha salido con el coronel Gastón y el Jefe de policía, para prenderle y recluirle como reo de Estado en las prisiones militares...

D'AIG. Cuidado, general, cuidado... ¿Cómo se ha sabido eso?

FOU. Por un documento anónimo encontrado en uno de los sacos de papel inutilizado procedente de la Embajada Alemana.

D'AIG. ¿Y quién obtuvo semejante hallazgo?

FOU. El comandante Robinat, quien ya sospechaba del capitán...

D'AIG. ¿Acaso la letra del documento?

FOU. Justo... Es la suya.

D'AIG. ¿Se ha cotejado? ¿Se ha oído el informe de algún perito calígrafo?

FOU. Sí, por cierto.

D'AIG. ¿Y en su opinión...?

FOU. Se ha confirmado plenamente el delito.

D'AIG. ¿Afirma categóricamente que...?

FOU. En absoluto... Que el documento está escrito por el capitán, de su propio puño y letra.

D'AIG. ¡Desdichado! ¡Le veo perdido sin remisión!

FOU. No le compadezca usted, Padre. Ese capitán no es siervo de Jesús. ¡Venera al Dios de Israel!

D'AIG. ¡Es judío!...

FOU. Sí, señor.

D'AIG. ¡Oh! (Haciendo la señal de la cruz).

FOU. El Ministro de la Guerra se resistía á dar la orden de arresto sin mayor abundancia de datos... El asunto se hallaba velado por el más profundo secreto; pero hete aquí que un diario de París ha levantado la punta del velo, delatando el hecho á la opinión pública.

D'AIG. ¿Y cómo han podido averiguar...?

FOU. Eso es lo que todos ignoramos.

D'AIG. Ya lo comprendo; ante la indiscreción de la prensa, ¿el Ministro habrá temido?

FOU. Todo lo adivina usted, Padre, con la suprema sagacidad de su talento. El diario da la voz de alerta á los buenos patriotas, para que no se eche tierra al asunto por algún judaizante y aquí señala al Ministro.

D'AIG. Y éste, para satisfacer á la opinión, ha soltado la orden de arresto.

FOU. Efectivamente. (Pausa).

D'AIG. ¿Sabe usted, general, que este es un caso muy hermoso?

FOU. Un caso hermoso de justicia.

D'AIG. Yo vislumbro algo más... Algo de mayor trascendencia que el castigo del culpable. La vida de un gusano, ¿qué importa en medio de la general podredumbre que nos envuelve...?

FOU. Hoy uno y mañana otro...

D'AIG. No; todos á la vez... Supongamos que se le condene á ser pasado por las armas...

FOU. Esa será la pena.

D'AIG. Convenido; pero repito que eso es poco... El hecho queda luego relegado al olvido. Pasa como una sombra por la maldita frente de los judíos, y nada más... Todo queda como antes...

FOU. Efectivamente.

D'AIG. Meditemos, general, meditemos... Si la luz de un gusano se convierte en llama, ¿no se convertiría esa llama en inmensa hoguera arrojándola combustible?

FOU. No tiene duda.

D'AIG. Supongamos que se enconan las conciencias de los buenos franceses, soliviantados por la idea de que el delito quede impune merced á la influencia de los cuantiosos tesoros que poseen los banqueros judíos...

FOU. Grande sería el conflicto... ¿pero cómo se consigue?

D'AIG. Hiriendo el sentimiento de los patriotas por medio de noticias como la que acaba de publicar la prensa de París... Lastimando el honor del ejército... Caldeando el ambiente popular con manifestaciones callejeras y sangrientos choques con la policía...

FOU. ¿Y qué frutos podría dar esa exaltación de los ánimos?

D'AIG. Espere, general; no sea impaciente... Supongamos que enfrente de ese gran movimiento nacional se colocan los republicanos y demócratas enemigos de la religión, en complicidad con los judíos y en menoscabo de la Francia...

FOU. ¡Ah! Ya voy comprendiendo.

D'AIG. Supongamos que en medio de ese caos popular, de ese turbión de pasiones, se levanta una noble figura, símbolo del orden y de las gloriosas tradiciones del heroico ejército francés.

FOU. ¿La del Príncipe de Orleáns?

D'AIG. Eso...

FOU. Admirable, Padre D'Aiglón, admirable.

D'AIG. Y supongamos, por último, que la espada de un militar ilustre, la del bizarro general Fouquet, mi predilecto amigo, se convierte en espada de Breno para decidir la victoria al frente de la guarnición de París...

FOU. (Estrechando la mano del jesuíta con entusiasmo). Aceptado, Padre, aceptado.

D'AIG. ¿Puede llevarse á cabo mi proyecto?

FOU. Sin duda alguna.

D'AIG. Entonces, manos á la obra, general... No hay que perder un sólo instante.

FOU. ¿Qué debo hacer?

D'AIG. Difundir esta misma idea en los cuarteles, valiéndose de sus amigos y militares más adictos. Y, sobre todo, procurando á todo trance que el consejo de Guerra que debe formarse en su día, no condene á muerte al capitán Alfredo David... Quien quita la causa quita el efecto, según un principio axiomático, y la vida de ese miserable israelita es preciosa para el triunfo de nuestra causa. Con tacto y habilidad la convertiremos en manzana de la discordia.

FOU. Tendré presentes todas sus advertencias y consejos.

D'AIG. Y ahora, adiós, general... No olvide usted nuestra consigna... Abajo la República.

FOU. No la olvido. (Vase por la derecha).

ESCENA II

D'AIGLÓN

D'AIG. Para Padre Jesuíta no tendría precio este general Fouquet. Se dejará matar, si es necesario, siguiendo mis instrucciones. En estos hombres, de uniforme ó de levita, radica toda la fuerza del Jesuitismo... Pero es un pecado dar rienda suelta á estos alardes de vanidad. Pensemos en lo que importa. Debo reconcentrar poderosamente mi atención para atar

todos los cabos sueltos; eliminar los esfuerzos innecesarios, y reunir los elementos dispersos. El suelto misterioso que ha sacudido la inercia del pueblo de París ha sido la primera chispa... No hay que cejar hasta que se produzca el formidable incendio. (Pausa larga. Se oyen dentro campanas y órgano). El tañido de esa campana me llama á la oración... Voy á pedirle al Altísimo que ilumine mi espíritu con sus divinos resplandores. (Váse por la derecha).

CUADRO TERCERO

El arresto

Gabinete en la morada del capitán Alfredo David. Espejo en un ángulo. Mesa con recado de escribir en el lado izquierdo frente al espejo. Puertas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

Aparece ELVIRA por la izquierda

ELV. Todavía no se ha desvanecido la congoja de mi corazón. ¡Qué atropello tan inaudito! (Llamando). ¡Gabriela! ¡Gabriela!

ESCENA II

DICHA y GABRIELA por el foro

GAB. ¿Qué manda la señora?

ELV. Ahora que el niño se ha tranquilizado y le hemos puesto el vendaje con el árnica, vas á contestar á mis preguntas sin omitir el menor detalle. ¿Quiénes le apedrearon?

GAB. Unos niños que salían del colegio que tienen establecido los hermanos de la Doctrina Cristiana.

ELV. ¿Y por qué razón? ¿Les ofendisteis en algo?

GAB. De ningún modo, señorita. Son los mismos que siempre que ven á Luisín, le siguen diciendo: «Ese vá al colegio de los moros... ¡Perro judío...! ¡Perro judío...!»

ELV. ¿Y tú qué hiciste?

GAB. Defender al niño con todas mis fuerzas. Cogí á uno de los que mucho se acercaban, y le dí con la mano en... en la parte más blanda; pero esto enfureció á los otros y nos envolvieron con una lluvia de piedras.

ELV. ¿Y Luisín?

GAB. Les hizo cara diciendo: «¡Ah, si yo fuera tan grande como papá!»

ELV. ¿Qué podría hacer el hijo de mi alma? ¡Uno solo contra tantos!

GAB. Entonces le alcanzó una piedra en la frente... Yo no lo noté hasta que ví que el niño se llevó la mano á las sienes y se volvió hacia mí exclamando: ¡Sangre...! ¡Esos me han hecho sangre!

ELV. ¡Pasa eso, Gabriela, pasa eso! ¡Me haces mucho daño!

GAB. Me alegro, señorita, porque á mí también se me pone un nudo aquí dentro.

ELV. Pero ¿de dónde ha tomado origen semejante rencor?

GAB. Según parece, los chicos del colegio que dirigen los hermanos de la Doctrina Cristiana, se hallan enguerrados con los de la escuela que dirige el Sr. Lebrún, porque dicen que éste no tiene ningún Jesucristo en la escuela y ellos sí que lo tienen.

ELV. Eso consiste en que un colegio es religioso y el otro es laico.

ESCENA III

DICHAS y DAVID por la izquierda

DAV. ¡No levantes tanto la voz! El niño se ha dormido. (Váse Gabriela de puntillas por el foro).

ELV. ¿Has oído nuestra conversación?

DAV. Sí, por cierto.

ELV. ¿Y qué opinas?

DAV. Yo mismo iré á ver al Padre superior para que reprenda á sus alumnos y ponga coto á semejantes atropellos. Ahora comprendo el

motivo de la pregunta que me ha hecho nuestro hijo un poco antes de cerrar los párpados.

ELV. ¿Qué te dijo?

DAV. Ese Señor Jesucristo debe ser muy malo, ¿verdad, papá?—¿Por qué razón? exclamé.—A lo cual me contestó:—Por que se enfada cuando lo sacan de la escuela y hace que los niños nos tiremos piedras.

ELV. ¿Y entonces tú...?

DAV. Desvanecí aquel error, diciéndole:—No, hijo de mi alma, no. No tiene la culpa Jesucristo del daño que has sufrido. La culpa es de los hombres, que corrompen su generosa doctrina haciendo que lo blanco se vuelva negro y que lo negro se vuelva blanco.

ELV. Bien dicho, Alfredo, bien dicho.

DAV. Y aún le añadí:—¿Has robado tú algo?—No señor.—¿Ofendes á tus camaradas?—No señor.—¿Eres holgazán ó poco estudioso?—No señor.—Entonces no te aflijas aunque te llamen perro judío. Respeta á tus superiores en edad, dignidad y gobierno. Compadécete de los pobres, abriéndoles de par en par tu bolsa y tu corazón. Estudia mucho para conocer los secretos de la ciencia; sé juicioso, prudente y reflexivo y nada temas. Dios ampara por igual á todas sus criaturas, sin distinción de edades ni religiones, y exige que los niños se amen pródigamente, en vez de arrojarse piedras como si fuesen acérrimos adversarios.

ELV. Será menester trasladarle á otro colegio.

DAV. Luisín se opone á esa medida.

ELV. ¿Por qué razón?

DAV. Porque quiere mucho á su maestro, al señor Lebrún. Siempre que pasa por su lado advierte que le dice: «¡Hola, mi pequeño israelita!» y le dá un tirencito de orejas que le gusta mucho, según me acaba de decir.

ELV. ¡Pobre niño!

DAV. ¿Crees tú que no siente ira mi pecho por el atropello de que ha sido víctima?

ELV. No necesitas afirmarlo.

DAV. A él no le ha dolido tanto la pedrada como á mí, pero es preciso amortiguar con reflexiones

apacibles el encono de los niños, para que la semilla del odio no germine en sus tiernos corazones.

ELV. Es verdad.

DAV. Si los directores de la niñez cumplieran todos con su obligación, ningún crédito se daría á la frase de Hobbes: «El hombre es el lobo del hombre.»

ELV. ¡Frase cruel! Y sin embargo, mi querido Alfredo, hay ocasiones en que resulta plenamente justificada.

DAV. Así es, desgraciadamente.

ELV. Ten por seguro que vivimos en el seno de una sociedad que nos mira con odio como si fuésemos viles gusanos.

DAV. Ya lo sé; mas ¿qué nos importa á nosotros el odio de los demás, viviendo al amparo de las leyes que gobiernan á la Francia?

ELV. A nosotros no, pero ya ves lo que ha sucedido con Luisín... Ayer se contentaron con insultarle... Hoy el pobrecillo ha recibido una pedrada... ¡Mañana...! ¿Qué le harán mañana al hijo de mi corazón?

DAV. No llores, amada mía, no llores. Cada una de tus lágrimas deja un reguero de tristeza en mi alma. Nos recogeremos en el seno de nuestro hogar... Haremos una piña de amor con nuestro hijito... Si es necesario le sacaremos del colegio para evitar, no sólo su peligro, pero también la zozobra de tu espíritu.

ELV. ¡Ya lo oiste; le llaman perro judío! ¡Perro mi pobre Luisín que no es capaz de coger un pajarillo por temor de hacerle daño!

DAV. ¿Te has propuesto conmoverme, esposa mía?

ELV. Bueno. Ya se secaron mis lágrimas.

DAV. Mira; la obligación de un padre, estriba en dejar en completa libertad la conciencia de sus hijos. Esta es una flor que produce diferentes perfumes cuando abre su capullo. Nuestro hijo Luis puede inclinarse á la religión que su conciencia le dicte. La mía es la Judaica, pero tantas lágrimas y suspiros me cuesta...; tantos daños han producido á la humanidad los fanatismos de secta...; tanta

sangre se ha derramado en los campos de batalla por simples diferencias dogmáticas, que ya me he convencido de que las sectas religiosas todas son malas... Para regir la moral de los hombres, bastaría la creencia en Dios y la sencilla práctica de esta regla de oro sacada de los filósofos de la antigüedad: «Que nadie quiera para otro lo que no quiera para sí,» y asunto concluído.

ESCENA V

DICHOS Y GENARO DAVID

GEN. (Muy agitado por el foro. Trae un periódico). ¡Elvira...! Alfredo! Hermanos míos!!

DAV. ¡Hola, Genaro!

GEN. ¡Ah! ¿Nada sabéis todavía?

ELV. ¿Pues qué ocurre?

GEN. Dejadme tomar aliento.

DAV. ¡Vienes descolorido, sudoroso!

ELV. ¡Ay, Dios mío! Tú eres portador de alguna mala noticia.

GEN. ¿Pero de veras que nada sabéis?

DAV. Absolutamente nada.

GEN. No se habla de otra cosa en todo París.

ELV. Sácanos de esta ansiedad.

GEN. Oye, Alfredo, en tu negociado de informes del Ministerio de la Guerra, ¿hay algún otro oficial de artillería?

DAV. No. Yo soy el único.

GEN. Entonces maldiga Dios al que ha inspirado esta noticia. Lee. (Saca un periódico y se lo entrega á David).

DAV. (Leyendo). «La nueva de sensación del día es la que circula á *sotto vocce* por todas las dependencias del Ministerio de la Guerra. Según parece se ha descubierto en el negociado de informes, la sustracción de documentos de altísima trascendencia que comprometen el porvenir de la Francia en una guerra con Alemania. Se afirma que el traidor viste el honroso uniforme del cuerpo de Artillería, y que un ministro judaizante, trata de echar

tierra al asunto, para que el delito quede impune en menoscabo de nuestra Patria y de la dignidad del Ejército.

ELV. (Cubriéndose el rostro con las manos). ¡Dios de Israel!

GEN. Yo estoy confundido...

DAV. (Sobreponiéndose valerosamente á la situación). ¡Elvira...! ¡Genaro! Parece que el cielo se haya desplomado sobre vosotros.

ELV. Desdichado. ¿No ves que tratan de perderte?

GEN. ¿Tienes alguna duda, hermano?

DAV. Un miserable complot... Quizá menos todavía... Una mala interpretación... ¿Y qué puede todo eso contra el muro de granito de una conciencia honrada?

GEN. Muy bien, Alfredo, muy bien. Si fuera posible abrigar alguna duda sobre tu acrisolada lealtad, bastaría ese arranque para disiparla por completo.

ELV. Pero la honradez se estrella contra la maldad. Esa pedrada nos dá en medio del corazón.

DAV. La prueba de que nada debo temer está en la propia conducta de mis jefes.

GEN. ¿Nada te han dicho?

ELV. ¿No te han hecho ninguna observación?

DAV. Absolutamente ninguna.

ELV. Entonces eres perdido.

GEN. ¿Cómo?

DAV. Explícate.

ELV. Estáis obcecados. Responde categóricamente á mis preguntas, Alfredo.

DAV. Habla.

ELV. ¿No has ido esta mañana al Ministerio?

DAV. Sí.

ELV. ¿Has visto allí á tus jefes?

DAV. Ciertamente.

ELV. ¿Y afirmas que nada te han dicho?

DAV. Nada.

ELV. Ahora, dime tú, Genaro: ¿A qué hora ha salido ese infame papel?

GEN. Muy de madrugada.

ELV. ¿Cuándo has sabido tú la noticia?

GEN. A eso de las nueve.

ELV. ¿Quién te la trajo?

GEN. Unos amigos.

ELV. ¿Y crees tú, Alfredo, que tus jefes no habrán sido los primeros en conocerla?

DAV. Y bien...

ELV. Y bien; eso significa que te la han ocultado.

DAV. ¿Y tú deduces...?

ELV. Deduzco que su silencio es muy sospechoso. Deduzco que cuando nada te han dicho, es porque te creen culpable ó por lo menos que sospechan de tí.

DAV. Me has aplastado, Elvira, me has aplastado. (Cayendo en un sofá sollozando). ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

GEN. Venga ahora un turbión de lágrimas... Ni tan confiados como antes, ni tan abrumados como ahora, Alfredo.

DAV. (Rehaciéndose súbitamente). Tienes razón, Genaro; es impropio de los seres varoniles este apocamiento. Siento que empieza á germinar la indignación en mi pecho. ¡Ay del miserable autor de esta insidia cobarde! Tranquilízate, Elvira... Voy corriendo á ver al coronel Gastón y desde allí á la redacción del periódico.

ESCENA VI

DICHOS y GABRIELA por el foro.

GAB. ¡Señora! ¡Señora!

ELV. ¿Qué hay, Gabriela?

GAB. Han llegado unos señores y uno de ellos me ha dicho: Dígale usted á su amo que desea verle el coronel Gastón.

DAV. ¡Ah!

ELV. Hélos aquí.

GAB. Además...

ELV. ¿Qué ocurre?

GAB. Que en la calle hay un pelotón de gendarmes.

GEN. ¡Vienen á prenderte!

ELV. ¿Lo ves, Alfredo, lo ves?

GEN. No hay tiempo que perder. Huye.

ELV. Sí, Alfredo. Pasa por el balcón de la galería á la casa vecina y después salva la frontera.

GEN. ¡Hazlo, hermano mío!

ELV. ¡Hazlo, Alfredo de mi alma!

DAV. ¿Huir yo? Eso nunca. Retiraros á las habitaciones contiguas, ínterin yo me ciño el uniforme para recibir dignamente á mis jefes.

ELV. ¡Qué te pierdes Alfredo!

GEN. ¡Sigue nuestros consejos!

DAV. ¿Necesitaré imponeros mi autoridad?... Soy tu esposo, Elvira. Soy tu hermano mayor, Genaro; os mando que obedezcáis. Tú, Gabriela, introduce á esos señores.

(Gabriela vase por el foro; Genaro y Elvira vanse por la izquierda. David les ve marchar y hace mutis por la derecha).

ESCENA VII

Aparecen por el foro GABRIELA, coronel GASTÓN, comandante ROBINAT y JEFE DE POLICIA. Varios oficiales cubren la puerta del foro.

GAB. Espérenle un momento. No tardará en salir. (Váse Gabriela por la derecha).

ROB. (Con mucho misterio). Señores, tengo una idea luminosa. Colóquense delante de aquel espejo para que puedan ver en el fondo la imagen del capitán.

GAS. ¿Cuál es su propósito?

ROB. Hacerle que escriba sobre esta mesa, una carta al dictado... Cuando oiga el traidor lo que escribió en el documento anónimo, su sorpresa será terrible. Ustedes podrán observar los cambios de fisonomía que han de alterar su semblante mirando al espejo.

GAS. Magnífico.

ROB. No estrañen ustedes que tome este lujo de precauciones. No hemos de dejar ningún resquicio abierto á la serpiente que es muy hábil y astuta.

GAS. Aquí viene el capitán.

ESCENA VIII

DICHOS, DAVID por la derecha de completo uniforme

DAV. ¡Ah, señores! ¿A qué debo este honor?

ROB. (Secamente). Capitán David, suspenda usted todo género de cumplidos.

DAV. Usted manda, mi comandante.

ROB. Necesitamos que dirija una carta al general Fouquet, inmediatamente.

DAV. (Sorprendido). ¿Una carta?

ROB. ¿Se niega á obedecer mis órdenes?

DAV. No por cierto; aquí hay papel y tintero. (Se sienta junto á la mesa frente al espejo).
¿Tiene á bien decirme lo que debo escribir al general.

ROB. Escriba usted... Atención. (Esto dicho con mucha intención para que sea entendido por el coronel Gastón y el Jefe de Policía). Voy á salir á maniobras... (Dictando), pero muy pronto...

DAV. (Después de haber escrito lo que le dicta). Muy pronto.

ROB. Si usted lo desea le enviaré algunas notas que tratan...

DAV. (Pausa). Ya está, mi comandante.

ROB. Fíjese bien en lo que voy á dictarle ahora. Primero: de la descripción detallada del freno de la pieza del 120 corto... ¿Por qué tiembla usted?

DAV. No tiemblo, mi comandante.

ROB. Entonces ¿por qué no sigue al escribir la línea recta? ¿No lo dicen bien claro esos renglones torcidos?

DAV. Siento frío en los dedos.

ROB. ¿Se atreverá usted á negar que su semblante se ha puesto más pálido que el de un cadáver?

DAV. No será por temor de ninguna especie.

ROB. ¿Se quiere mayor disimulo, señores, ni más pruebas de su culpabilidad?

DAV. ¿Yo culpable?

ROB. Basta... capitán David; en nombre de la Justicia militar, dese usted preso.

DAV. ¿Qué escucho? ¿De qué se me acusa? ¿Por qué se me detiene?

GAS. Eso ya lo ventilará usted ante el Consejo de Guerra.

DAV. ¡Mi coronel! ¡Mi comandante! Conste mi protesta. Juro á Dios que soy inocente.

GAS. Vamos, hombre, es inútil que trate de negarlo. Hemos descubierto su crimen.

DAV. ¿Qué crimen?

ROB. El más bochornoso para un militar. El de traición á la patria.

DAV. Falso, mi coronel; falso de toda falsedad.

GAS. Basta de declamaciones inútiles. Sr. Jefe de Policía de Seguridad: condúzcale á las prisiones militares como reo de Estado. (El jefe de Policía y los oficiales desenvainan los sables).

DAV. ¡Qué horrible iniquidad! ¡Qué espantosa injusticia!

GAS. No consienta usted que nos veamos obligados á emplear la violencia.

DAV. Eso nunca, mi coronel. Todavía soy capitán del Ejército francés: vamos.

ESCENA IX

DICHOS y ELVIRA por la izquierda.

ELV. ¡Alfredo! ¡Alfredo!

ROB. ¡Alto allá, señora!

(Alfredo se detiene á la puerta del foro para mirar desesperadamente á su esposa. El coronel Gastón le indica con un ademán que siga adelante. Después de este breve cuadro de sensación, Alfredo vase por el foro y continúa el diálogo).

ELV. ¿Dónde llevan á mi marido?

ROB. Su esposo ha sido arrestado por la Justicia militar.

ELV. ¡Misericordia Divina! Eso no es posible... Mi esposo es inocente... ¿lo oyen? Es inocente.

ROB. Tanto mejor para él si así resulta del proceso que se le instruye.

ELV. ¿Y quién ha urdido esta infame intriga?

GAS. Señora; no hemos venido á esta casa para oir insultos.

ELV. ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Estoy loca! ¡Desesperada!

ROB. Con su permiso hemos de llevar hasta el fin nuestra penosa misión.

ELV. ¿Hasta el fin? (Aterrada).

ROB. Nuestro deber es el de registrarlo aquí todo. ¡Ay de usted, señora, si comete la menor imprudencia!

GAS. Cualquier acto irreflexivo puede atentar contra la vida de su esposo.

ELV. ¡Misericordia!

ROB. Concluyamos. ¿Dónde se halla el despacho del capitán?

ELV. (Señalando á la derecha). ¡Allí! ¡Allí!

ROB. Vamos, mi coronel, vamos á practicar un minucioso registro. (Luego dice al coronel al hacer mutis).
(Si no encontramos nada prueba de ocultación).

GAS. Y de culpabilidad. (Vanse por la derecha).

ESCENA X

ELVIRA

ELV. ¡Siento que me faltan las fuerzas! ¡Qué angustia tan horrible se apodera de todo mi ser! ¡Quiero llorar y no puedo! ¡Tengo un nudo en la garganta que me ahoga!

ESCENA XI

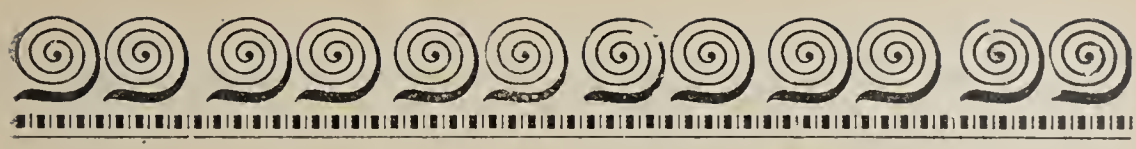
DICHA y GENARO izquierda.

GEN. ¡Elvira!

ELV. ¡Genaro! ¡Se han llevado á mi esposo! ¡Sálvale!... ¡Devuélveme la vida!

GEN. ¡Valor, hermana mía! ¡Valor! Aún estoy yo en el mundo para deshacer este error de la justicia. Mi vida y mi fortuna ya no tendrán más objeto que redimir al inocente... ¡Y si esta maldad, no es obra del capricho de la suerte y sí de los hombres, yo aplastaré al autor miserable aunque se oculte en las entrañas de la tierra! ¡Lo juro por el Dios del Sinaí que es el Dios justiciero y vengador de nuestra raza! ¡Adiós, hermana! (Váse por el foro).

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

CUADRO CUARTO

Degradación del Capitán David

Decoración de gran patio de cuartel. En el foro una verja.

ESCENA PRIMERA

Forman el cuadro, en cuyo centro debe verificarse la ceremonia, comisiones de soldados de todos los cuerpos de la guarnición de París, con sus respectivas banderas y estandartes. Manda las tropas el general Fouquet á caballo. Detrás de la verja aparece una apiñada y ávida muchedumbre ansiosa de contemplar el acto de la degradación.

FOU. (Levantando la espada). ¡Tercien! ¡Armas!

ESCENA II

DICHO y el capitán DAVID escoltado por el sargento y los soldados de la guardia republicana, por el ángulo derecha. Al aparecer DAVID, dice:

CIUD. I ¡Muera ese canalla!

PUEB. ¡Muera! (Promuévese una inmensa gritería. El capitán y los que le acompañan se sitúan en el centro del cuadro; los soldados se retiran dejándole solo en el centro. Cerca el sargento. Baten marcha tambores y clarines y se hace el silencio).

FOU. Alfredo David: Ha sido usted condenado por el Consejo de Guerra y por el delito de traición, á la pena de deportación perpetua y degradación militar. Se ha hecho usted indigno de llevar las armas y le degradamos en nombre del pueblo francés.

DAV. (Con acento solemne levantando los brazos al cielo). ¡Mi general! Soy inocente. Juro que soy inocente. ¡Viva Francia!

CIUD. II ¡Muera el traidor!

PUEB. ¡Muera! ¡Muera!

FOU. Despójenle de las insignias de su grado. (El sargento se acerca á David y le arranca los galones de capitán arrojándolos al suelo).

DAV. ¡Sobre la cabeza de mi esposa y la salud de mi hijo, juro que soy inocente!

CIUD. I ¡Muera ese bandido!

PUEB. ¡Muera! ¡Muera! (Promuévese nuevamente una inmensa gritería, suenan los clarines y se restablece el silencio).

FOU. Despójenle de toda divisa militar. (El sargento arranca las bocamangas, insignias de la teresiana, botones de la guerrera y números del cuello del uniforme, arrojándolos al suelo Por fin coje por la empuñadura el sable del capitán y también lo arroja al suelo).

DAV. (Con aeento desesperado). Que sepa Francia; que sepa el mundo entero que habéis degradado á un inocente.

PUEB. ¡Cobarde! ¡Traidor! ¡Judas! (Los clarines imponen silencio por tercera vez).

FOU. Se ha cumplido la primera parte de la Justicia Militar... ¡Soldados! Este es el castigo que imponen las ordenanzas á los traidores... Condúzcanle de nuevo á su prisión. (Los soldados que vinieron con el capitán le rodean y hacen mutis por donde vinieron. La muchedumbre llena de improperios al capitán).

PUEB. ¡Canalla! ¡Perro judío!

FOU. ¡Soldados, viva Francia!

SOLDADOS ¡Viva!

CUADRO QUINTO

La despedida

Telón muy corto figurando el interior de una prisión. Muy poca luz. Una silla de tijera junto á una pequeña mesa.

ESCENA PRIMERA

Aparece por la izquierda el capitán David. Viene custodiado por el sargento y los soldados de la guardia republicana.

SARG. Ya hemos llegado... Capitán salga usted de su abatimiento. Esta será su cárcel por algunos instantes.

(David, sin pronunciar palabra, se sienta en la silla de tijera. Apoya los codos sobre la mesa dando muestra de una sorda desesperación. El sargento hace señas á los soldados para que desaparezcan. Estos vanse por la izquierda).

SARG. (Creo que la ocasión es propicia. El capitán se ha entregado á su sorda desesperación. ¡Tiemblo á mi pesar! ¡Vaya una responsabilidad la que contraigo! Adelante. Yo penetro en el alma de ese hombre. Se desespera porque se vé degradado. Sólo la muerte puede lavar la mancha de esa afrenta, la mayor que puede inferirse á un soldado. Le pondré el cuchillo sobre la mesa).

(Se aproxima de puntillas y deja sobre la mesa sin que lo note el capitán, el cuchillo que trae oculto entre las ropas. Hecho esto hace mutis diciendo):

¡El capitán se lo clavará en el corazón!
¡No será deportado! (Váse por la izquierda).

ESCENA II

DAVID

DAV. ¡Olas de fuego que inundáis mi cerebro! ¡Abrasadme!... ¡Olas de sangre hirviente que corréis por mis venas! ¡Devorad mi existencia! ¡Heme aquí sin las insignias de mi uniforme

para ser deportado! ¡Espantosa iniquidad! ¡Horrenda injusticia!... ¿Tendré fuerzas para resistir esta afrentosa ignominia? ¿Cuando me arrancaron las insignias de mi grado, cómo no mordí la mano que cayó sobre mi cuerpo? ¿Cómo he podido consentir que se haya destrozado mi honor militar sin haberme arrancado la vida? (Pausa). ¡Soy inocente!... ¡Soy inocente!... Y estas frases que salieron del fondo de mi alma no han conmovido á mis implacables jueces... ¡Ni siquiera han tenido el valor de condenarme á la pena de ser pasado por las armas! .. ¡No han querido fusilarme para que el uniforme militar no me sirviera de honrosa aunque sangrienta mortaja!... ¡Me han dado una muerte mil veces más horrible que la muerte misma! (Levantándose). ¿Y esto lo consiente Dios?... ¡Ha de triunfar la villanía de los hombres para que sucumban la inocencia y la virtud? ¡Universo, eres una mentira!... ¡Honor, eres una sombra!... ¡Humanidad, eres un fantasma!... ¡Sólo el dolor es grande!... ¡Sólo la infamia es verdadera! (Cae abrumado sobre la silla, volviendo á su primera actitud por algunos momentos). ¡Matarme! Buen pensamiento. ¿Pero cómo? ¿Cómo llevo á cabo mi propósito antes de que me sepulten en vida? (Se fija en el puñal que está sobre la mesa y lo toma nerviosamente). ¡Con este puñal! (Levanta el brazo como para clavarse el puñal en el corazón y detiene su impulso ante la idea que súbitamente le acosa). ¿Mas cómo ha venido este hierro á mis manos? ¿Qué voluntad lo ha traído? Calma, capitán David, calma. Esta es la hora de la suprema lógica... Sepamos á quién favorece ó á quién perjudica mi muerte. Si fuera culpable, sería yo el favorecido partiéndome el corazón. La sangre lava, en cierto modo, la traición del soldado... Mas siendo inocente... ¡Oh! siendo inocente redunda en mi perjuicio... Esto no tiene duda... La sangre, en todo caso, viene á ser como el certificado de la culpa... No habiendo culpa me cierra el camino de la esperanza; de la reivindicación... ¡Oh! No... No... Alfredo David: demuestra que tienes

más valor que el que corresponde á un vulgar suicida... Alevoso puñal, besa tú el polvo de la tierra. (Arroja al suelo el puñal).

ESCENA III

DICHO Y SARGENTO por la izquierda

SARG. ¡Capitán!

DAV. ¿Ha llegado ya la hora? ¿Vienen ya á deportarme?

SARG. Todavía no. Vengo para decirle que una señora y un caballero traen un permiso especial para ver á usted por unos instantes.

DAV. ¿Una señora y un caballeró?... ¡Ah! Elvira y Genaro; no cabe duda... Que pasen; que pasen al momento.

SARG. (Al hacer mutis). (¡No se ha matado! No solamente es traidor; es también cobarde) (Váse por la izquierda).

ESCENA IV

DAVID

DAV. En mi negra desesperación ya no me acordaba de las prendas más queridas de mi alma. Debo mostrarles un valor á toda prueba para hacer menos penosa esta dolorosa entrevista.

ESCENA V

DICHO y ELVIRA y GENARO por la izquierda

ELV. (Arrojándose en los brazos del capitán). ¡Alfredo! ¡Alfredo!

ALF. ¡Elvira de mi alma!

GEN. ¡Hermano mío!...

ALF. Aquí estoy, Genaro, aquí estoy. (Le alarga la derecha mientras sostiene á Elvira en sus brazos con la izquierda). Desahógate. Llora cuanto quieras...

GEN. (Enjugándose las lágrimas). Trabajo nos ha costado el verte.

ALF. ¿No recibistes mi carta?... ¿No os decía en ella

que no lo intentaseis? Y bien, esposa mía... ¿Pasó el turbión de tus lágrimas?

ELV. Mi corazón quiere romperse...

ALF. Ante todo, dime, ¿y nuestro hijo...?

ELV. Preguntando todos los días por su padre... ¿Por qué se ha ido sin darme un beso?, dice.

ALF. ¡Hijo de mi alma!...

ELV. ¿Pero y tú?

ALF. Amparado en la tranquilidad de mi conciencia.

ELV. ¿Tienes valor?

ALF. El suficiente para no quitarme la vida.

ELV. ¿Morir tú?... Que nunca se cobije en tu cerebro semejante idea...

ALF. Ya no hay peligro... Degradaron mi uniforme... Exteriormente me cubrieron de ignominia, pero la mancha no ha pasado de la vestidura.

ELV. ¡Ay qué pena tan horrible me quitas del corazón... Creí que...

ALF. ¿Que no tendría valor para soportar la vida? ¿No es cierto?

ELV. Mentira me parece que pueda estrecharte entre mis brazos.

ALF. Viviré en mi amarga reclusión pensando en tí y en nuestro hijo.

GEN. Y con la esperanza de ver tu inocencia proclamada.

ALF. Pobre hermano mío. ¿Aún tienes fe en la justicia de los hombres?

GEN. No todos se hallan conformes en considerar el fallo del Consejo como un acto de justicia.

ALF. ¿Hay quien cree en mi inocencia?

GEN. En ella han puesto sus miradas todos los hombres de bien.

ELV. Animo, Alfredo. Se pedirá la revisión del proceso.

ALF. ¿La revisión del proceso? ¡Dios de bondad! ¿Yo rehabilitado?... ¿Yo de nuevo en mi hogar?

ELV. No lo dudes.

GEN. Sírvate esa esperanza de consuelo. Que ella sea tu faro y tu guía en las obscuras tempestades de tu espíritu.

ELV. Se está iniciando una corriente poderosa de simpatía en tu favor.

GEN. Y al frente de ese vigoroso movimiento se

pondrá en breve el hombre de mayor prestigio que tiene la Francia.

ELV. ¡El gran Emilio Zola!

ALF. ¿Qué estoy oyendo? ¿Cómo ha podido llegar mi inocencia hasta él?

ELV. Porque le fué presentada con lágrimas de mis ojos.

ALF. ¿Tú has sido quien...?

ELV. Acompañada de tu hermano... Le hice relación de nuestra desventura. Le dije que éramos judíos. Se lo conté todo; hasta la pedrada que recibió nuestro hijo el día mismo en que fuistes arrestado.

GEN. Yo me hallaba presente. Al acabar Elvira su relación brillaron los ojos de aquel hombre de un modo extraordinario. ¡La verdad habría penetrado en su alma!

ELV. Con voz dulce, pero muy varonil, me dijo: Creo profundamente en la inocencia de su esposo. La misma piedra que alcanzó al hijo le dió al padre en mitad de la frente... Esta es mi mano, señora. Desde hoy, Emilio Zola, consagrará por entero toda la actividad de su existencia al servicio de esa causa generosa... La de rehabilitar la inocencia de su marido.

ALF. ¡Ahora es cuando siento ganas de llorar! (Dentro se oye la campana de un reloj de torre que da las nueve. A la segunda campanada suena el redoble de un tambor y luego un clarín. Alfredo se abraza á su esposa extremecido).

ESCENA VI

DICHOS y SARGENTO y SOLDADOS por la izquierda

SARG. Llegó la hora.

ALF. ¡He ahí la terrible realidad! Fuerza es que nos separemos. ¡Adiós, Elvira! ¡Adiós, Genaro!

ELV. Prométeme que tendrás valor.

GEN. Valor para resistirlo todo.

ALF. ¡Lo tendré! Os lo prometo. Vamos. (Vanse por la izquierda. El sargento delante, detrás el capitán y en pos los otros dos soldados.

ESCENA VII

ELVIRA y GENARO

ELV. ¡Genaro! ¡Genaro! ¡No puedo más...! (Cae en la silla de tijera sollozando).

GEN. Lo malo es que yo tampoco puedo aliviar tu pena porque ha zozobrado mi valor. ¡Pobre hermano mío! ¡Pobre hermano mío!

ELV. (Levantándose súbitamente). ¿Vamos, Genaro?

GEN. ¿Dónde?

ELV. A verle partir.

GEN. ¿Cómo?

ELV. Sígueme.

GEN. Detente, Elvira. ¿Qué intentas?...

ELV. Ya lo dije.

GEN. ¿Ver á tu esposo humillado, escarnecido?

ELV. Eso quiero.

GEN. Seguido de las turbas que le ultrajan gritando: ¡Muera el traidor!... ¡Muera el judío!... Eso no es posible, hermana, eso no es posible...

ELV. (Con gran resolución). ¡Aunque se desgarre mi corazón quiero ver á mi esposo! (Vanse por la derecha).

CUADRO SEXTO

Excelsis Dei

Sala de confidencias, en el Colegio de Jesuitas, del Padre D'Aiglón. Poca luz. En el centro un altar con un Cristo de gran tamaño alumbrado por una lámpara que pende del techo. Muy severos el mueblaje y decorado.

ESCENA PRIMERA

Aparecen: á la derecha, sentado junto á una mesa, el Padre D'Aiglón. Enfrente, á la izquierda, varios Padres Jesuitas ocupando otros tantos sillones. Dentro un coro canta el «Excelsis Dei.» Al terminar éste empieza el diálogo.

D'AIG. Hable usted, Padre Leocadio.

LEOC. Mis informes no pueden ser más satisfactorios. El capitán David ha sido degradado y hoy mismo se pondrá en ejecución la segunda parte de la sentencia.

D'AIG. Nuestro amigo y leal servidor, el general Fouquet, ha cumplido su palabra.

DARRÁS. El incendio que hemos producido en París se ha comunicado á toda la Francia.

D'AIG. Más todavía... á todo el mundo.

DARRÁS. Hemos logrado lo que apetecíamos: dividir á los franceses. Las manifestaciones tumultuosas en los boulevares se suceden sin interrupción. La policía es impotente para dominarlas.

D'AIG. ¡Hermoso fruto el que vamos recogiendo por nuestros trabajos en defensa de la Religión amenazada!

DARRÁS. Los patriotas se hallan exaltadísimos porque les ha disgustado el fallo del Consejo de Guerra, cuya lenidad hacemos atribuir al oro derramado á manos llenas por un sindicato de capitalistas judíos.

D'AIG. ¡Admirable! ¡Padre Darrás, admirable!... Le felicito por el triunfo obtenido.

DARRÁS. Ni yo, ni los Padres que me ayudan en esta tarea, merecemos ningún género de plácemes.

LEOC. El pueblo nos ofrece materia muy laborable para llevar á cabo todo género de maquinaciones. Nuestros emisarios consiguen, sin el menor esfuerzo, inculcar á las muchedumbres las ideas más estupendas...

DARRÁS. Así hemos enemistado á los mismos liberales y demócratas... Hemos turbado la paz de las conciencias... Hemos hecho girones la tranquilidad de la Francia y no tiene duda que la descomposición iniciada tan vigorosamente, hará que el Ejército vuelva sus miradas hacia la única solución posible que tiene este pavoroso problema.

D'AIG. Conviene acentuar la discordia hasta el último grado... Si los partidarios del capitán desmayan, será preciso reanimarles arrojando á su voracidad algún nuevo indicio encaminado á probar la inocencia de su ídolo.

LEOC. El pueblo, siempre insconsciente, siempre ignorante, coadyuvará á nuestra obra de redención.

DARRÁS. El mismo se forja sus necesarias cadenas.

D'AIG. He aquí la razón por la cual conviene que las

muchedumbres no sean nunca ilustradas. ¡Ay de nosotros! ¡Ay de la Religión que defendemos si á las malas pasiones del pueblo se uniera la luz suficiente en el cerebro para llevarlas á cabo! Pronto el mundo se convertiría en un feudo de liberales y masones. ¿No están conformes conmigo?

DARRÁS. Conformes en un todo, Padre General.

D'AIG. Afortunadamente es muy consolador el espectáculo que ofrece la formidable legión de las hijas de la fe, de esas mujeres devotas puestas al servicio de la Orden con más tesón, si cabe, que nosotros mismos. Digo esto para que sepan todos que la Compañía de Jesús dispone hoy sobradamente del dinero indispensable para seguir la campaña y llevar á buen término la conspiración orleanista que se está fraguando en los cuarteles. Y ahora, reverendos Padres, retírese cada cual á su celda. (Vanse por la izquierda todos, uno por uno, saludando con una profunda reverencia al Padre D'Aiglón).

ESCENA II

D'AIGLON

D'AIG. Hasta aquí todo va perfectamente. Hoy será deportado el capitán David y recluído para siempre en una fortaleza. El capitán desaparecerá de la escena, mas no así la turbulenta lucha que viene desarrollándose en las calles de París. El asunto David es ya pasto de la curiosidad de las gentes. Se opera el milagro social. Se unen los elementos políticos más heterogéneos y se separan los periodistas más allegados por sus ideas y procedimientos.

ESCENA III

DICHO y PADRE DARRÁS por la izquierda

DARRÁS. ¿Hay permiso, Padre General?

D'AIG. ¿Qué ocurre?

DARRÁS. En la antesala espera la señora que...

D'AIG. Blanca Florisel... ¡Ah! Que pase... Que pase... (Váse Padre Darrás por donde vino).

ESCENA IV

D'AIGLON

D'AIG. Sin duda querrá hablarme del fallo que el Consejo de Guerra ha dictado contra su aborrecido capitán.

ESCENA V

DICHO y BLANCA FLORISEL vestida de negro con un largo velo que le cubre el rostro

BLA. ¡Padre! ¡Padre D'Aiglón!... (Levantándose el velo).

D'AIG. ¿Qué miro? ¿Cómo tan enlutada? Hace muchos días que no nos vemos... ¿Alguna desgracia de familia?

BLA. Este luto, Padre D'Aiglón, sirve de oscura mortaja á la tranquilidad de mi conciencia.

D'AIG. ¿Qué quiere decir eso? Explíqueme el enigma que parecen envolver sus palabras...

BLA. ¡Padre, me abruma el peso de los remordimientos!... Mi alma está atribulada...

D'AIG. ¡Ah! Vamos. ¿Y por qué no ha venido usted antes, hija mía, y le hubiéramos dado el auxilio moral que necesita?...

BLA. Porque no creo en la eficacia de ese auxilio... ¡Porque el espectro del capitán David!...

D'AIG. ¿Qué escucho? Habla con voz temblorosa... Su cuerpo se agita como débil caña... ¡Desventurada mujer! Ya veo el estrago que ha producido en su conciencia una sombra vana... ¡Voluntad que decae!... ¡Fe que cimbrea!...

BLA. ¡El capitán David es inocente!

D'AIG. ¿Inocente y judío?

BLA. Ese hombre ha sido degradado. Su alma ha quedado desgarrada como su honor militar.

D'AIG. Es un bien para su alma... Así saldrá purificada por el sufrimiento.

BLA. ¡Y después de haber hecho girones su unifor-

me sepultarán á ese desdichado en alguna de esas tumbas donde perecen los reos de Estado!

D'AIG. Cuanto más grande y terrible sea su expiación mayores méritos serán los suyos para obtener la gracia de Dios.

BLA. Usted olvida, Padre D'Aiglón, que al degradar y perder al capitán David, hacemos pedàzos su hogar donde se anidan otros dos seres inocentes: una tierna criatura y una esposa desesperada.

D'AIG. No tema usted por ellos. Ya tendrá su dolor buen pedestal en el oro de los judíos. No irán á cobijarse bajo la sombra protectora de la cruz.

BLA. ¡Esa seguridad me espanta!... ¡Esa sangre fría me extremece!

D'AIG. Tranquilícese usted, hija mía... ¿Qué cambio es este? ¿Cómo se ha operado en su conciencia tan radical transformación? ¿Y aquel odio que sentía por el capitán? ¿No la burló villanamente?

BLA. El odio de mi corazón ha desaparecido ante la enormidad de la venganza. Aquella fué la pasión de un día... Este es el horrible dolor de toda la existencia.

D'AIG. En el nombre de Dios, yo su ministro en la tierra, asumo toda la responsabilidad de los hechos.

BLA. ¿Luego es Dios quien le inspira?

D'AIG. Dios mismo.

BLA. ¿Él quien le dá esa fortaleza de ánimo?

D'AIG. Justamente.

BLA. Entonces pídale que haga ese mismo milagro en mi conciencia... Que vuelva la serenidad á mi alma... el sueño á mis noches... la luz á mis días... y entonces daré crédito á sus palabras.

D'AIG. Cuidado, hija mía, cuidado. Huyendo del remordimiento cae en brazos de la herejía.

BLA. No baja á mi espíritu el rayo consolador de la gracia divina... ¡Mis noches seguirán siendo negras como mi obscuro delito!... La esperanza que puse en usted ha fracasado.

D'AIG. Oiga la descreída. Donde falta la fe desaparece la gracia del Señor y germina la influen-

cia del diablo... Por semejante senda nada se consigue. ¿Quién es capaz de desviar el curso de los acontecimientos? ¡Consumatum est, hija mía! Consumatum est...

BLA. No, Padre D'Aiglón. El inmenso daño que he cometido aún puede repararse.

D'AIG. ¿De qué manera?

BLA. Delatándome yo misma. Diciendo á los jueces... El capitán David es inocente. Yo soy la causa del ardid infame que le hace aparecer como traidor á su Patria.

D'AIG. ¿Qué escucho? ¿Sería usted capaz de hacer lo que dice?...

BLA. ¡Me considero capaz de todo!, de todo; menos de sufrir las mordeduras de esta negra serpiente que ha hecho su nido en mi alma.

D'AIG. (Levantándose y acercándose con ademán siniestro á Blanca). ¿Capaz usted de derribar mi grandioso edificio? ¿Capaz usted de comprometer los destinos de nuestra santa Religión...? Ja, ja, ja. (Vuelve á tomar asiento).

BLA. Ya sé lo que debo esperar de esa risa sarcástica. No se encuentra aquí el remedio que buscaba. Mi misión ha terminado.

D'AIG. ¿Sabe usted lo que manda Dios contra las conciencias rebeldes? Su completo exterminio... ¿Y sabe usted lo que hacemos nosotros, los más fieles representantes de su Justicia en la Tierra? Ejecutar los mandatos de Dios.

BLA. ¿Dónde, pues, dirigirme? ¿Dónde se encuentra aquel Dios de bondad y misericordia, fuente de la vida y esperanza de los mortales? ¿Dónde se encuentra aquel tiernísimo Cordero, todo amor y piedad para los hombres? ¿Dónde está aquel amantísimo Jesús?

D'AIG. Murió crucificado por los judíos en el calvario.

BLA. Luego no hay esperanza; ¿no puedo redimirme del crimen que he cometido ni aun con el propio sacrificio?

D'AIG. Lo que usted llama crimen, es virtud.

BLA. ¿Virtud mi pecado?

D'AIG. Con olor de santidad.

BLA. ¿Luego el crimen no es crimen?

D'AIG. Este es un caso excepcional.

BLA. Basta, Padre... Usted me cierra todo camino de salvación... Sólo me deja libre una obscura vereda; la que conduce al suicidio.

D'AIG. Mucho más agradable á los ojos de Dios que su primer pensamiento.

BLA. Usted lo ha dicho. El verdadero Jesús murió en la cima del Gólgota. Necesitaba otro para llenar de horrible confusión mi conciencia y usted lo ha inventado.

D'AIG. (Estallando en formidable cólera con voz de trueno). ¡Sacrílega!... (Luego, coge á Blanca violentamente por un brazo y la obliga á caer de rodillas al pie de la imagen, diciendo). ¡De rodillas!... ¡De rodillas ante el Dios de cielo y tierra!... (Blanca queda como clavada en el suelo con la vista puesta en la imagen. Dentro suena el órgano con un tema religioso muy piano. Pausa).

ESCENA VI

DICHOS y los PADRES LEOCADIO y DARRÁS por la izquierda con mucho misterio y cautela.

DARRÁS. ¿Llama el Padre general?

LEOC. ¿Quiere auxilio?

D'AIG. (Haciendo señas para que se acerquen). Esa mujer constituye un peligro formidable para la Orden. ¡Somos perdidos!

DARRÁS. Entonces...

LEOC. Estamos á sus órdenes.

D'AIG. Tiene la manía del suicidio. Por las ventanas de este colegio que dan al Sena...

LEOC. Está bien, Padre D'Aiglón.

DARRÁS. Cuando llegue la noche.

D'AIG. (Acercándose á Blanca y tocándola ligeramente en un hombro). ¡Blanca Florisel!

BLA. (Levantándose asustada). ¿Quién me llama?

D'AIG. Siga á esos Padres Jesuítas.

BLA. ¿Qué les siga? ¿Dónde quieren llevarme?

D'AIG. A la capilla del Sagrado Corazón. Allí encontrará la paz que necesita.

BLA. ¿Será posible?

D'AIG. No lo dude, hija mía. Los Padres le indicarán

los ejercicios espirituales que debe practicar para que baje á su espíritu la gracia divina.

BLA. Me entrego á la voluntad de Dios. En usted confío, Padre. Vamos. (Blanca hace mutis por la izquierda. La siguen los dos Padres Jesuítas. El Padre D'Aiglón se inca de rodillas ante el Cristo que hay en el foro. El órgano que siguió sonando hasta entonces, modula para acompañar al coro que vuelve á entonar el «Excelsis Dei.» Cae el telón pausadamente).

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO SÉPTIMO

Emilio Zola solo contra todos

Despacho de Emilio Zola con salidas al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

Emilio Zola escribiendo en su mesa.

ZOLA. No... (Tachando). Estará mejor así... (Escribiendo). Leamos todo el párrafo: «El proceso del capitán David no es el drama de un hombre... Es la tragedia de toda la humanidad. De un lado, el viejo espíritu de las pasadas épocas con su interpretación anticuada de los derechos del ciudadano. Con su preponderancia jesuítica y sus rancias teorías sobre la desigualdad de clases. De otro, la expansión generosa del moderno espíritu con sus proclamas de ciencia, su política democrática y su gran trinidad condensada en la fórmula Libertad, Igualdad y Fraternidad. En semejante proceso deben declararse parte todos los ciudadanos que puedan allegar á los autos alguna luz, alguna convicción de la inocencia del mísero capitán, sepultado en vida en ese peñón ab,ortado por el mar, que se llama «La Isla del Diablo.» Dejarle allí perecer fuera un crimen que caería sobre todas las conciencias redimidas del fanatismo religioso que condena á

David por ser judío... Agítese el ambiente social envenenado por los Jesuítas, y que todos, grandes y pequeños, poderosos y humildes, pidan en la forma que les sea más peculiar, la revisión de ese proceso monstruoso...» Solo estoy en esta campaña jigantesca. No importa; lucharé contra todos.

ESCENA II

DICHO y el abogado MASSENET por el foro.

MASSEN. No sea usted ingrato, D. Emilio.

ZOLA. ¡Ah! Mi buen amigo Massenet, debo rectificar y lo hago con gusto... Se encuentra á mi lado una gloria del foro...

MASSEN. Y otros muchos que valen infinitamente más que yo. ¿Nada le dice mi semblante?

ZOLA. Sí. Noto en él una gran satisfacción... ¿Mi artículo?...

MASSEN. Ha estallado como una bomba en el corazón de París. El espíritu de los más pusilánimes ha reaccionado de un modo poderoso... Las acusaciones de usted han sacudido la inercia que gravitaba como losa de plomo sobre los hechos consumados.

ZOLA. ¿Y el Ejército?

MASSEN. Herido en su mal interpretado compañerismo.

ZOLA. ¿No es el general Fouquet un jesuíta?

MASSEN. Y tanto.

ZOLA. Y ese desdichado comandante Robinat... ¿No es un visionario... un nigromante?

MASSEN. Eso mismo.

ZOLA. Y todos los Jueces que condenaron á David... ¿Qué fueron sino autómatas movidos por el resorte de la disciplina?

MASSEN. Cabal.

ZOLA. Me llevarán á la barra... Perfectamente... Eso es lo que deseo.

MASSEN. En el pueblo la emoción que ha producido su formidable artículo es inmensa... Los jesuítas se mueven como energúmenos, exaltando el sentimiento patriótico de los nacionalistas. Allá están, en la plaza de la República, en

imponente manifestación gritando: ¡Muera Zola vendido al oro de los judíos! ¡Viva el Ejército!

ZOLA. Nos ultrajarán tachándonos de difamadores del Ejército; pero mañana, ¡oh! mañana reaparecerá el sol de la justicia.

MASSEN. Ante esta lucha gigantesca arde en mi espíritu la llama del entusiasmo. Poco valgo y quisiera valer mucho para sacrificarlo todo al servicio de una causa tan justa y generosa.

ZOLA. Bravo, amigo Massenet, bravo. Usted opina de ese modo porque es un hombre de bien no corrompido por el medio envenenado que nos rodea.

MASSEN. Un inocente como David, sufriendo sin esperanza de rehabilitación, es un concepto moralmente absurdo.

ZOLA. Tan absurdo, que antes que aceptarlo como consentimiento social, tácito ó expreso, caerían en el fango espíritu y materia.

MASSEN. Trocaríase la harmonía del Universo en un caos.

ZOLA. Erigiríase en Dios la bestia.

MASSEN. Tal injusticia, sin medios de reparación, es sencillamente una aberración del espíritu que no puede admitirse mientras se cobije en el cerebro humano la idea del bien.

ZOLA. La zarpa llena de barro puede manchar la hermosura de un cuadro, pero de ningún modo la inspiración, fuente de aquella hermosura.

MASSEN. Estamos de acuerdo, D. Emilio.

ZOLA. Absolutamente.

MASSEN. Ahora, prepárese usted para sufrir todo género de vejaciones y amarguras.

ZOLA. Ya lo sé...

MASSEN. Desde hoy será el hombre más impopular de Francia.

ZOLA. No lo ignoro.

MASSEN. Corren peligro su libertad... su crédito... hasta su vida...

ZOLA. Nada me arredra... No será estéril mi sacrificio. Se agitará el espíritu de los hombres de bien, herido por el espectáculo de la iniquidad y la injusticia. Vibrará intensamente la cuerda

del sentimiento universal y frente al odioso espíritu, alentado por clericales y jesuítas, se erguirá, más bello y poderoso que nunca, el ángel fecundo y amoroso de la humana fraternidad.

MASSEN. Me admira su fe.

ZOLA. Ella es la que me da aliento para luchar.

MASSEN. Se halla usted en su elemento.

ZOLA. Dígase la verdad sin ambajes. La lucha de mi vida constituye ya una epopeya. En defensa de un género literario tuve que luchar contra una legión de imbéciles que me acosaron con los más denigrantes calificativos, llamándome pornográfico, hasta cerdo. Ahora tengo que luchar contra una nueva y más numerosa falanje, compuesta, no solamente de imbéciles, pero también de fanáticos y de hipócritas.

MASSEN. Devuélvales golpe por golpe.

ZOLA. Llegaré hasta donde pueda y deba llegar. Afortunadamente mi opinión difiere de la de ese angélico Tolstoy que predica la no resistencia al mal. Yo creo que la violencia, como hija de la pasión, es inherente á la vida y como tal no puede separarse de ella. El Yo debe defenderse, no sólo frente al mal, sino hasta en las relaciones con Dios mismo. Esta doctrina es la que mejor se compadece con la dignidad humana. No llego tampoco hasta Niestche que concede un poder demasiado absoluto á la Fuerza; pero entre la Fuerza de Niestche y el sentimiento exclusivamente cristiano de Tolstoy, cabe un término medio y á él me acomodo. Este término no es ni puede ser otro que la razón del hombre.

ESCENA III

DICHOS y GENARO por el foro

GEN. ¿Estorbo, señores?

ZOLA. Adelante, amigo, adelante.

GEN. ¡Gran día, D. Emilio!

MASSEN. Otro que llega entusiasmado.

GEN. El periódico que trae su artículo se arrebata de las manos de los vendedores.

ZOLA. Esto es lo que acaba de decirme nuestro amigo Massenet.

GEN. En nombre de la esposa de mi pobre hermano y del mío propio, vengo á darle las gracias.

ZOLA. ¿Y porqué? ¿Hemos llegado á unos tiempos en que el cumplimiento estricto del deber se considera como un acto meritorio?...

GEN. No, D. Emilio (Cogiéndole ambas manos); no rehuya usted la aceptación de este homenaje que le rinde nuestra profunda gratitud... La triste violeta, bañada en lágrimas en el rincón de su hogar, le envía su perfume; la gratitud de su alma.

ZOLA. Transijamos... Acepto la poesía de su lenguaje, pero no las gracias porque no las merezco.

GEN. Como usted quiera.

ZOLA. Diablo. Se han humedecido sus ojos. He aquí, amigo Massenet, he aquí á un judío que llora.

MASSEN. No lo extraño, porque yo también me he conmovido.

ZOLA. Sí, pero usted no es judío.

MASSEN. Pero soy hombre.

ZOLA. Bien dicho, Massenet, bien dicho.

GEN. A decir verdad, mi fe en la religión judaica se ha extinguido. Deseo aparecer como un hombre honrado y nada más.

MASSEN. Volvamos al suceso del día.

GEN. Hay otro que va á colmarles de sorpresa.

ZOLA. Refiéralo desde luego.

GEN. ¡Don Emilio! ¡Massenet! Acabo de descubrir al verdadero autor del documento anónimo.

ZOLA. ¡Poder de Dios! (Dando un puñetazo sobre la mesa). ¿Es eso cierto?

GEN. Indudable, D. Emilio, indudable.

ZOLA. Aguarde usted. Esta novedad merece que la recojamos en el seno de la más absoluta reserva. (Se cerciora de que nadie escucha en las salas contiguas). Hable sin miedo alguno. Nadie nos escucha.

GEN. Oigan una breve historia que había callado

hasta hoy por no haberle concedido gran importancia.

MASSEN. Nos tiene usted en la mayor ansiedad.

GEN. No há mucho tiempo, una noche, acompañado por mi fiel criado Mordeau, al ir á pasar el puente de Alejandro, oímos un golpe ruidoso dado sobre las aguas del Sena. Miramos al sitio, de donde el ruído procedía, y vimos un bulto negro que era arrastrado por la corriente... mas como también oyésemos voces ahogadas de socorro, Mordeau que nada como un pez, sin vacilar ni un instante, se lanzó al río y se dió tal coraje y tuvo tan buena fortuna, que á los pocos momentos recaló en la orilla con su carga. Yo hice por mi parte cuanto me fué posible para ayudar á entrambos á tomar puerto de salvación. En suma: que libramos de una muerte cierta, ¿á quién dirán ustedes? A una mujer admirablemente hermosa, vestida de negro con gran riqueza y distinción.

ZOLA. Eso es altamente dramático.

MASSEN. Y de un interés novelesco de primer orden.

GEN. Paso por alto los detalles de salvamento que siguieron al acto que acabo de relatarles. Repuesta la señora del susto consiguiente, quiso saber el nombre de sus salvadores, y aquí entra el verdadero interés del drama. Al oir mi nombre se descompuso su semblante... —¡Genaro David, el hermano del capitán David!—El mismo, señora. Entonces huyó aterrada como alma que lleva el diablo. Desapareció entre las sombras de la noche y no pudimos seguirla.

ZOLA. ¿Y nada más se ha sabido de ella?

MASSEN. ¿No han podido averiguar su paradero?

GEN. No, y ahora viene la segunda parte. Ya había olvidado aquella escena, cuando ayer mañana recibo por correo interior un pliego bastante abultado. Lo abro, y he aquí su contenido. (Saca unas cartas). Lea usted, D. Emilio, lo que dice esta misiva.

ZOLA. (Leyendo). «El capitán de artillería Alfredo David es inocente. El autor del documento

anónimo es el comandante Walter Lacy, que presta servicio en la guarnición de París. Ahí van algunas de sus cartas. Puede usted cerciorarse cotejando la letra.—La dama misteriosa del Puente de Alejandro.»

GEN. Aquí traigo un fac-símil del memorándum.

ZOLA. A ver... A ver... (Cotejando sobre la mesa del despacho, el fac-símil con las cartas).

MASSEN. Es evidente.

ZOLA. Los mismos rasgos, los mismos caracteres; en una palabra, la misma letra.

MASSEN. ¿Pero estas cartas serán auténticas?

GEN. No he perdido el tiempo. Indagué el paradero del comandante. Este anda muy apurado de fondos. Hice que un amigo le ofreciese dinero en calidad de préstamo y aquí está el recibo extendido por la propia mano de Walter Lacy... Pueden cotejarlo.

ZOLA. Sí... Sí... No cabe la menor duda.

MASSEN. La letra del fac-símil, la de las cartas y la del recibo, en nada se diferencian absolutamente.

ZOLA. He aquí un supremo hallazgo.

MASSEN. Albricias, amigo mío.

GEN. La misteriosa dama ha querido pagarme espléndidamente... (Mostrando un cheque).

ZOLA. ¿Qué es eso?

GEN. Un cheque á mi orden sobre el Banco de Francia.

ZOLA. ¡Un millón de francos!

MASSEN. Respetable suma.

GEN. Que yo pongo á disposición de usted, don Emilio.

ZOLA. No. No. De ningún modo. Cuestión de moral y de delicadeza, amigo mío. Me he propuesto, irrevocablemente, no aceptar dinero alguno por la lucha que estoy sosteniendo. Mi pluma es una mina de oro. Tengo bastante. Guárdelo usted.

GEN. Soy inmensamente rico, D. Emilio, y también me he propuesto sufragar, de mi peculio, todos los gastos que me ocasione la defensa de mi pobre hermano.

ZOLA. Ya sé á quien pertenece esta suma. A su fiel

Mordeau, que se arrojó al Sena para salvar á la dama.

GEN. Mi noble Mordeau se niega en absoluto á recibir dinero alguno por servicios prestados á la Humanidad.

ZOLA. ¡Diablo! Sáquenos del apuro, amigo Massenet.

MASSEN. Sea usted más cristiano, D. Emilio. No quiera para otro lo que no quiera para sí.

ZOLA. Hé aquí destronado al Rey del mundo.

MASSEN. Un millón de francos que se ha declarado en huelga...

ZOLA. Vamos á darle un buen empleo. Repártase entre las familias pobres de todos los desgraciados que sufren condena en los presidios de Francia.

GEN. ¡Soberbio!

MASSEN. ¡Admirable!

ZOLA. No se hable más del asunto. Tome usted.

GEN. Este acuerdo será ejecutado al pie de la letra.

ZOLA. Pero sin ruído ni ostentación; sin que nadie sepa el origen de ese acto humanitario.

GEN. Así se hará.

ZOLA. Y ahora volvamos á nuestro asunto principal: —Señor abogado, ¿qué debe hacerse?

MASSEN. Procede que sin pérdida de tiempo, usted, como hermano de la víctima, denuncie al ministro de la Guerra, el hallazgo que acaba de obtener, acompañando los comprobantes y pidiendo la revisión del proceso.

GEN. Aprobado.

ESCENA IV

DICHOS y el viejo DURAND por el foro

DURAND. ¡Señor! ¡Señor!

ZOLA. Mi viejo Durand, ¿qué ocurre?

DURAND. Dos militares de alta graduación.

ZOLA. ¡El enemigo!

MASSEN. Pronto ha empezado el ataque.

GEN. ¡Ira de Dios!

ZOLA. ¡Calma! ¡Calma!

DURAND. ¿Qué digo á esos señores?

ZOLA. Que pasen. (Vase Durand por el foro).

ESCENA V

ZOLA, MASSENET Y GENARO

ZOLA. Amigo Massenet; váyanse á su despacho. Extiendan allí el escrito para no perder tiempo.

GEN. ¿Queda usted solo?

ZOLA. No hay peligro de que me devoren esos señores. Por aquí también se sale, para evitar el encuentro. (Señalándoles la puerta derecha). Adiós, amigos. (Vanse por la derecha).

ESCENA VI

ZOLA, coronel GASTON y comandante WALTER LACY por el foro

ZOLA. (Saliéndoles al encuentro). Adelante, señores. Sírvanse tomar asiento.

GAS. Muchas gracias por la atención. (Se sientan).

ZOLA. ¿A quiénes tengo el honor? (Tomando asiento en el sillón perteneciente á la mesa de su despacho).

GAS. (Señalando al comandante). El comandante Walter Lacy.

ZOLA. (¡Walter Lacy!)

WAL. (Señalando al coronel). El coronel Gastón, del Estado Mayor.

ZOLA. Muy señores míos. Ustedes dirán el objeto de su venida.

GAS. Seremos breves. ¿Usted ha publicado un artículo en *La Aurora?*

ZOLA. Titulado «Yo acuso...» Efectivamente.

GAS. Pues bien; el general Fouquet se considera ofendido por las apreciaciones que se hacen de su persona y pide una rectificación cumplida ó una reparación por medio de las armas.

ZOLA. ¡Las armas! ¡Todo lo arreglan ustedes por medio de las armas!

WAL. Naturalmente.

ZOLA. Con una respuesta, sencilla y categórica, me sería fácil dar por terminada esta entrevista, pero quiero dar más honra á la presencia de ustedes. ¿De qué se queja el general Fouquet?

GAS. Una friolera... Le llama usted jesuíta...

WAL. ¡Más aún! Le llama siervo de la beatería andante.

ZOLA. ¿Pero lo es ó no?

GAS. ¡Eso es cuenta suya!

ZOLA. Y mía también, señor coronel.

GAS. ¿Por qué motivo?

ZOLA. Porque el general Fouquet ha sido el instrumento de que se sirvieron los jesuítas, para sepultar en vida á un compañero de armas inocente... Yo me he propuesto ejercer una obra de misericordia redimiendo al cautivo.

GAS. Vaya una quijotada.

ZOLA. Le recuerdo, coronel, que se halla usted en mi casa y en presencia de Emilio Zola.

GAS. Está bien... ¿Rectifica ó no rectifica?

ZOLA. No, señor.

WAL. ¿En tal caso acepta la reparación que se le propone en el terreno del honor?

ZOLA. Tampoco.

GAS. ¿Ni rectificación ni duelo?

ZOLA. Ni una cosa ni otra.

GAS. ¿Qué dirá la opinión pública de usted?

ZOLA. Que soy un Quijote extraordinario... No rectifico porque no es justo; y no me avengo á batirme, porque lo que ustedes llaman lance de honor, es sencillamente un medio inicuo, del cual se valen los más osados, para dar honrada apariencia á su bastarda conducta.

WAL. ¿Cómo entonces se han de defender los caballeros de una imputación injuriosa?

ZOLA. Probando que no hay motivo para la injuria... La mancha recae entonces sobre el ofensor.

GAS. Hay casos en que no hay más remedio que romperse la crisma.

ZOLA. Háganlo así los partidarios del sistema. ¿Cree usted, coronel, que los alemanes tuvieron razón en Sedán?

GAS. ¡Hum!

ZOLA. El honor no se defiende por medio del homicidio organizado. El honor se defiende asentándolo sobre la base inconmovible de la verdad y la justicia.

GAS. (Levantándose). Nuestra misión ha terminado.

WAL. Le llevaremos á los Tribunales.

ZOLA. Y usted también, comandante Walter Lacy, usted también irá á los Tribunales.

WAL. ¿Cómo?

ZOLA. Me consta que ha sido usted denunciado al ministro de la Guerra como autor del memorándum, por el cual ha sido condenado el capitán David.

WAL. (Desconcertado). ¿Yo? ¿Yo autor? ¿Usted asegura que...?

ZOLA. Yo no aseguro nada. Allá se las entienda usted con su acusador y sus jueces, como yo pienso entendérmelas con los míos...

WAL. Bueno. Ya lo veremos eso.

ZOLA. Esta es su casa, señores. (Señalándoles rígidamente la puerta del foro. El coronel Gastón y el comandante Walter, después de saludar, inclinando la cabeza, vanse por el foro).

ESCENA VII

ZOLA

ZOLA. No. No es posible seguir la angélica doctrina de Tolstoy... El mal social debe combatirse allí donde levante la cabeza. Hoy es la falsa idea del honor la que cae... Otro día será la superstición... Otro el fanatismo... y así, transformando el ambiente social, purgándolo de errores y tinieblas, vendrán las generaciones que deben venir... Generaciones de hombres completamente libres y verdaderamente honrados.

ESCENA VIII

DICHO y DURAND por el foro

DURAND. Señor...

ZOLA. Hoy se ha dado cita en mi casa todo París. Adelante quien sea.

ESCENA IX

ZOLA y BLANCA FLORISEL, que viste de negro, por el foro

BLA. Emilio Zola... Sálvese usted. (Con gran agitación).

ZOLA. ¿Que me salve? ¿Por qué razón, señora? ¿Qué peligro me amenaza?

BLA. Numerosas turbas se han desparramado por calles y plazas de París, gritando: ¡Muera Zola!

ZOLA. Acaban de decírmelo.

BLA. Lo que no le habrán dicho es que una de esas turbas no tardará en venir á esta calle para asaltar su casa.

ZOLA. Aquí me encontrarán si vienen.

BLA. Pero es que entre esos miserables hay alguno que trata de atentar contra su vida, aprovechando la excitación popular.

ZOLA. ¿Tan grande es la tormenta?

BLA. Les empuja el negro espíritu que no repara en los medios para conseguir el fin... ¡Pronto! Sálvese usted.

ZOLA. ¿Será verdad, señora?

BLA. Por el cielo se lo juro.

ZOLA. ¿Pero ese interés?...

BLA. Es mi propio interés. Ambos dirigimos nuestros esfuerzos á un objeto común. A la redención de un inocente.

ZOLA. ¡El capitán David!

BLA. El mismo. Usted trabaja en la luz. Yo me agito en la sombra. ¿Vacila? ¿No da crédito á mis palabras?

ZOLA. Fantasma ó duende, lo que usted sea... Sepa que Emilio Zola no vuelve la espalda al enemigo ni abandona su hogar en tales circunstancias. (Dentro, á lo lejos, grandes rumores como de un pueblo agitado que se aproxima).

BLA. ¿Oye usted?

ZOLA. La ola que avanza.

BLA. El peligro que se avecina.

ZOLA. No tardará en llegar.

BLA. ¿Renuncia á su salvación?

ZOLA. He resuelto quedarme y eso ha de ser...

Adiós, señora... Váyase... Le agradezco el interés que se ha tomado.

BLA. Yo también me quedo.

ZOLA. ¿Cómo?

BLA. Pereceremos juntos.

ZOLA. Eso no... Usted es mujer. Yo soy hombre.

BLA. No importa. Cuando se desencadena la tempestad todos corren el mismo riesgo. (Dentro promuévese tumulto infernal. Las turbas gritan constantemente: ¡Muera Zola!... ¡Muera Zola, vendido á los judíos! ¡Viva el Ejército! Suenan algunos tiros. Óyese el estrépito de la cristalería de los balcones ante la pedrea que se supone llevan á cabo los que vociferan en la calle).

ESCENA X

DICHOS y el viejo DURAND, enfurecido, por el foro

DURAND. ¿De dónde han salido esos cafres?... ¿Oye usted, señorito? Están rompiendo á tiros y pedradas todos los vidrios de los balcones.

ZOLA. No te apures, Durand, que rompan cuantos quieran. Ya se cansarán.

DURAND. ¡Ira de Dios! (Vase por la izquierda).

ESCENA XI

ZOLA y BLANCA

ZOLA. ¡La tempestad es imponente!

BLA. No tardará en estallar el rayo.

ZOLA. Me admira su valor, señora. ¿Quién es usted?

BLA. La dama misteriosa del puente de Alejandro.

ZOLA. ¿La que fué extraída del Sena?

BLA. La misma.

ZOLA. Debí haberlo sospechado.

ESCENA XII

DICHOS y DURAND, con una escopeta, por la izquierda

DURAND. ¡Tunantes! ¡Pillos!

ZOLA. (Deteniéndole). ¿Dónde vas con esa arma?

DURAND. A matar á todos los que pueda desde el balcón.

ZOLA. No, Durand. No hay que disparar contra el pueblo. (Arrebatándole el arma y arrojándola al suelo). ¡La sangre llama á la sangre!

DURAND. ¿Y vamos á consentir que nos dejen sin cristales?

ZOLA. Un cristal que se rompe se sustituye por otro. Una vida que se quiebra no tiene sustitución. Corre, mi viejo Durand... Corre... Abréles la puerta de par en par.

DURAND. ¿A esos salvajes?

ZOLA. Haz lo que te mando. (Durand váse santiguándose por el foro).

ESCENA XIII

BLANCA y ZOLA

BLA. ¿Qué intenta?

ZOLA. Hablar al pueblo.

BLA. ¿Fía usted en la elocuencia de sus palabras?

ZOLA. Fío en la justicia de mi causa. (Dentro un gran estruendo).

BLA. Ya suben. Llegó el supremo instante.

ZOLA. (Cogiendo de la mano á Blanca y dirigiéndose á la puerta derecha). Usted allí, en aquel aposento.

ESCENA XIV

ZOLA y PUEBLO formado de individuos muy heterogéneos. Unos con blusa, otros con sombreros de copa y algunos desarrapados. Les capitanea el Padre Darrás disfrazado de hombre de pueblo.

DARRÁS. Aquí está.

ZOLA. ¡Yo soy Emilio Zola!

DARRÁS. ¡Muera el traidor que se ha vendido al oro de los judíos!

TODOS. ¡Muera!

ZOLA. Mientes, ciudadano. No hay oro bastante en el mundo para comprar mi conciencia.

DARRÁS. ¡Muera el difamador del Ejército!

TODOS. ¡Muera!

ZOLA. ¿Y sois vosotros los hijos de nuestra dulce y amorosa Francia?

DARRÁS. No le oigamos porque es capaz de convencernos. ¡Que muera! (Sacando un puñal abalanzándose sobre Zola).

ZOLA. (Este, al ver la acción de Darrás y creyéndose perdido, se yergue con magnífica actitud). ¡Aquí está mi pecho! ¡Hiere, bandido!

ESCENA XV

DICHOS y BLANCA por la derecha

BLA. ¡Atrás, miserable!

DARRÁS. (Retrocediendo). ¡Blanca Florisel!

BLA. Ya veo que me has reconocido... ¿Dónde está tu infame compañero? ¡Franceses... Ese hombre que exalta vuestro patriotismo os hace siervos de Roma! Ese hombre es un jesuíta.

DARRAS. ¡Falso!

TODOS. ¡Falso!

BLA. (Apoderándose rápidamente del sombrero que cubre la cabeza de Darrás y arrojándolo al suelo). Mirad la tonsura.

DARRÁS. (Encorvándose aterrado). ¡Maldición!

CIUD. I (Cogiéndole bruscamente del brazo). ¡Ah! ¡Traidor! ¡A la calle con él!...

TODOS. ¡A la calle! (Desaparecen por el foro arrastrando violentamente al jesuíta).

ZOLA. (Estrechando la mano de Blanca y antes de que acaben de hacer mutis los otros). ¡Por fin me ha salvado usted! Gracias. Gracias.

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO OCTAVO

El prisionero de la Isla del Diablo

La prisión de David en la Isla del Diablo en segundo término.

ESCENA PRIMERA

DAVID escribiendo sobre un pequeño velador

DAV. «Hablarte de mí; de las pequeñeces que me rodean... ¿Para qué? A veces lo hago á mi pesar porque el corazón tiene cóleras irresistibles. La amargura sube del corazón á los labios cuando se ve menospreciado y escarnecido todo aquello que ennoblece la vida. Te estrecho, esposa mía, fuertemente contra mi pecho, repitiéndote con invencible energía y hasta la muerte: ¡Valor y buen deseo! Tuyo, *Alfredo.*» (Cerrando la carta). Ahora el sobre. (Escribe el sobre y después se levanta). Ya está. ¡Mi esposa! ¡Mi hijo! Mi alma se conmueve en las profundidas de mi ser... Una ola de ternura invade mi corazón... ¡Oh, Elvira!... ¡Oh, dulce esposa de mi vida, de quien me separan los hombres con su maldad y el Océano con sus olas!... No, no quieras conocer toda la intensidad de mis angustias; toda la negrura de este espantoso martirio y de esta horrible pesadilla... ¡Muros que me rodeáis, sed vosotros únicamente testigos de este dolor!... ¡Sufro mucho, alma de mi alma! ¿Quién nos dijera, esposa mía, que

estábamos amenazados de tanta desventura, cuando unidos nuestros pechos en amoroso abrazo, lanzábamos la imaginación á un espacio lleno de ensueños de felicidad?... ¿Quién nos dijera que aquellas tiernas manecitas que se agarraban tan dulcemente á mi cuello, se habían de convertir en picadas de víbora y mordeduras de serpiente?... ¿Qué se hicieron, esposa mía, aquellos sueños de honor y prosperidad que tenían por cuna nuestro lecho de amor y se dispersaban como enjambre de mariposas á los primeros resplandores de la mañana? ¡Ay de mí! ¡Qué vuelco tan espantoso han dado aquellos sueños de amor y de ventura! ¡Para cárcel, un negro sepulcro en una isla desierta, sobre un montón de rocas, abortado por el mar! Y aquí dentro, como una eterna pesadilla, clavado el recuerdo de aquella mañana espantosa, de aquel acto de mi degradación... ¡Aún siento la vergüenza que sube en oleadas de fuego á mi rostro! Viéndome estoy en medio del cuadro. El general á caballo y junto á mí el sargento de la guardia republicana... ¡Esto es horrible!... ¡Espantoso!...

ESCENA II

DICHO y OFICIAL DE GUARDIA por la izquierda

OFICIAL. ¡Prisionero David!...
DAV. ¿Quién llama?
OFICIAL. Soy yo; el oficial de guardia.
DAV. ¿Qué ocurre?
OFICIAL. Se ha recibido una carta para usted.
DAV. ¡Ah!... Venga.
OFICIAL. ¡Buena suerte!
DAV. Gracias. (Vase el oficial).

ESCENA III

DAVID

DAV. No es letra de mi esposa. ¿De quién será? (Rompe el sobre y saca la carta). ¿Quién se acuerda

de este infeliz prisionero? Veamos la firma. «La dama misteriosa.» ¿Qué es esto? Leamos: «Capitán Alfredo David, esperanza y fortaleza. París es un horno caldeado por la pública opinión. Su causa va ganando terreno. Emilio será condenado por el formidable artículo que Zola publicó en favor de usted. Así lo exige el interés del Ejército, mas la idea de la revisión del proceso, gravita, como una pesadilla, sobre la conciencia de todos los franceses honrados y libres. Yo le prometo, capitán David, que la revisión será acordada en breve, y que pronto saldrá de esa obscura cárcel para volver al seno de la Patria francesa y al hogar donde le aguardan la dicha y la felicidad.» ¡Gran Dios! ¿Será esto cierto? Me laten las sienes. ¡Hurra! ¡Hurra! Capaz soy de volverme loco.

ESCENA IV

DICHO y OFICIAL DE GUARDIA

OFICIAL. ¿Qué le pasa á usted?

DAV. ¡Caballero oficial! ¡Caballero oficial! Pronto sabrá el mundo entero que se ha castigado á un inocente.

OFICIAL. Esa es su eterna manía.

DAV. La manía de la verdad y la justicia. Francia se agita en mi favor y en breve será acordada por el Tribunal Supremo, la revisión de mi proceso. Así me lo anuncian en esta carta. ¿Permitís que os dé un abrazo, caballero oficial?

OFICIAL. Venga... (Abriéndole los brazos).

DAV. (Abrazando fuertemente al oficial). ¡Viva Francia!

OFICIAL. ¡Viva!

CUADRO NOVENO

Zola condenado

Telón corto de calle. Dentro derecha gran algazara y mueras á Zola; vivas al Ejército y á la Francia. Poco á poco va siendo menor la intensidad de la algazara como promovida por una muchedumbre que se aleja.

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la izquierda EMILIO ZOLA, MASSENET y GENARO, airados, descompuestos.

ZOLA. ¡Peor que caníbales! Reposemos aquí un momento.

MASSEN. Ya se alejan para atronar otro espacio con sus infernales ahullidos.

GEN. ¡Qué inícuo atropello!

ZOLA. (A Massenet). ¿Cómo ha salido usted de sus garras?

MASSEN. Sólo con lesiones en la ropa.

ZOLA. (A Genaro). ¿Y usted?

GEN. Me han hecho pedazos el gabán.

ZOLA. ¡Siento vergüenza por lo que de nuestra Patria se dirá en el mundo civilizado!

MASSEN. Esos no son ni pueden ser ciudadanos franceses.

ZOLA. No, que son instrumentos ciegos de la reacción... Amigos míos, ¿hay nada que cause mayor decepción en el espíritu que esa degradación del pueblo?

GEN. Es hija de su ignorancia.

MASSEN. Y de su miseria.

ZOLA. Urge á toda costa educarle, difundir la luz en su conciencia entenebrecida; mas para esto menester es sacarle de las garras del jesuitismo.

MASSEN. ¿Y cómo?

ZOLA. Aplastando la cabeza de la serpiente.

GEN. Si muchos hijos del pueblo comprendieran bien sus verdaderos intereses, saldrían de las tabernas y llenarían las escuelas.

ZOLA. Hablemos de nosotros. Ya lo ven ustedes. El tribunal me ha condenado.

MASSEN. De nada le han servido mis esfuerzos como abogado defensor.

ZOLA. Al contrario; me han servido de mucho. Su brillante oración, quedará en la historia de este triste litigio, como una gloria del foro...

MASSEN. No pensé que fuese tan riguroso el tribunal... ¡Un año de cárcel y tres mil francos de multa!... ¡Eso es mucho!...

GEN. Y absuelto el comandante Walter Lacy... ¿Cabe nada más monstruoso?

ZOLA. Lo que más me aflige es la condena recaída contra el gerente del periódico. ¡Cuatro meses de cárcel y la propia multa! ¡Pobre Laffayet! ¡Pobre amigo mío!

GEN. Los grandes conflictos son la piedra de toque de los grandes caracteres. ¿Han visto ustedes que entereza la del coronel Bertrand?

ZOLA. El coronel ha estado magnífico.

MASSEN. Ha levantado un firme pedestal al honor del Ejército.

GEN. Mirad, aquí viene.

ESCENA II

DICHOS y coronel BERTRAND, de uniforme, por la izquierda

BERT. Les he visto desde lejos y he apretado el paso para alcanzarles...

ZOLA. ¡Mi enhorabuena, coronel!

MASSEN. ¡Bravo!

GEN. ¡Soberbio!

BERT. He cumplido con mi deber. Creo que el Estado Mayor se ha equivocado por exceso de celo; pero su buena fe, no disculpa la tenacidad con que ahora pretende ocultar su error, por un honor de cuerpo mal entendido.

ZOLA. Sobre todo cuando el error recae en perjuicio de un inocente.

BERT. Y cuando este inocente es un compañero de armas.

ZOLA. Apelaremos en recurso de alzada contra la

sentencia. No creo que hayan perdido el sentido moral todos los Tribunales de Francia.

MASSEN. En mala situación ha quedado usted, mi coronel.

BERT. En muy mala, respecto de mis compañeros; pero en muy buena respecto de mi conciencia.

ZOLA. Así habla un hombre de honor. Así debieran hablar todos los militares franceses.

BERT. Me voy temeroso de que me llenen de elogios. Debo además regresar cuanto antes al Ministerio. Démonos un buen apretón.

ZOLA. (Dándole un fuerte apretón de manos). Por la justicia, coronel.

MASSEN. (Idem). Por la verdad.

GEN. (Idem). Por el honor del Ejército.

BERT. Adiós, señores. (Váse por la derecha).

ESCENA III

ZOLA, MASSENET y GENARO

GEN. Yo tengo que retroceder. Debo enterar á la esposa de mi pobre hermano de todo lo ocurrido.

ZOLA. Aliente su corazón. ¡Que no desmaye por este fracaso!

GEN. Así lo haré.

ZOLA. Venga á verme mañana.

GEN. Hasta mañana. (Se despide de Massenet y váse por la izquierda).

ESCENA IV

ZOLA y MASSENET

MASSEN. ¿Y nosotros?

ZOLA. A empezar de nuevo. Mañana aparecerá en la «Aurora» un nuevo artículo firmado por mí. Ya tengo tema. Francia, en una segunda Exposición universal, quiere santificar la vida del trabajo y de la ciencia, ennobleciendo el combate, por la libertad, por la verdad y la justicia, y no ha de querer que vengan los extranjeros para ver la verdad escarnecida y la justicia

abofeteada. No lo dude usted; el asunto David, ese drama gigante que solicita la atención de todo el mundo, palpitando cada vez con más fuerza en la conciencia nacional, será el comienzo feliz de una Francia regenerada y libre. Vamos, amigo Massenet, vamos. (Vánse por la izquierda).

ESCENA V

BLANCA FLORISEL por la izquierda

BLA. ¡Zola condenado y absuelto Walter Lacy! Ha vuelto á triunfar la maldad de los hombres; mas no te regocijes en tu celda, monstruoso espíritu... Esta nueva iniquidad hará rebosar el cáliz de la amargura hasta que la hiel envenene tu regocijo... Así el sentimiento universal estallará más pronto. La lucha no ha terminado. Ahora empieza más enérgica y poderosa que nunca. ¡No entones todavía el hossana del triunfo, miserable jesuíta, que no ha muerto Blanca Florisel arrojada por tus esbirros á las aguas del Sena!... Tú eres una sombra; yo soy un espectro... A tí te proteje el diablo... A mí me ampara Dios... Siga... siga la tragedia.

CUADRO DÉCIMO

El suicidio del coronel Gastón

Sala en las oficinas del Estado Mayor.

ESCENA PRIMERA

Aparecen en escena ROBINAT y coronel GASTÓN

ROB. Tengo suma impaciencia por conocer el fallo del Tribunal.

GAS. Ya está aquí Walter Lacy.

ESCENA II

DICHOS y el comandante WALTER LACY por el foro

WAL. ¡La enhorabuena, señores!

ROB. ¿Absuelto?

WAL. Absuelto.

GAS. No podía suceder otra cosa. Le felicito. (Todos los circunstantes estrechan la mano de Walter).

WAL. Gracias, señores.

ROB. Y ese difamador del Ejército, ¿cómo ha salido?

WAL. El tribunal le ha condenado á un año de cárcel y tres mil francos de multa.

GAS. Excesiva indulgencia la del Tribunal.

ROB. Algo es algo, mi coronel.

WAL. Apelará, de seguro, contra la sentencia; pero es indudable que será condenado definitivamente á la pena que se le ha impuesto.

ROB. Los jueces tendrán en cuenta la perfecta razón que nos asiste para llevar á la barra á ese engreído personaje, autor de las obras más obscenas y pornográficas que han visto en Francia la luz pública.

WAL. Buena prueba de ello es esa novela *Naná,* cuya lectura es capaz de ruborizar á un coracero.

GAS. Ningún escritor decente pone su firma en la portada de novelas tan escandalosas. ¿Se atrevería usted, comandante Robinat, á escribir una *Naná,* por ejemplo?

ROB. De ningún modo, mi coronel.

GAS. ¿Y usted, Walter Lacy?

WAL. Menos todavía.

ROB. La condena que ha sufrido ese escritor inmoral viene á remachar el clavo, demostrándose la sinrazón de cuantos propalaban la inculpabilidad del capitán David.

WAL. El resultado del juicio es una consecuencia lógica de los hechos consumados. Porque vamos á ver: Condenándome á mí el tribunal, ¿no hacía recaer un *sambenito* sobre el Consejo de Guerra que condenó al otro?

GAS. Eso es.

ROB. Naturalmente.

WAL. Una de dos: ó tenía que absolverme ó de lo contrario se veía obligado á declarar la inocencia del capitán y la nulidad de los jueces que le condenaron.

GAS. Y el tribunal no ha tenido más remedio que optar por lo primero. Eso está más claro que la luz.

ROB. O meterse en un callejón sin salida.

GAS. Por mi honor de soldadote que no acierto á comprender cómo alguien ha podido dudar de una verdad tan sencilla.

WAL. El hermano de David creyó poner una pica en Flandes denunciándome como autor del documento anónimo. ¿Y por qué motivo? Por una simple semejanza entre aquella letra y la mía.

GAS. Como si eso bastase para mandar á presidio á un militar pundonoroso.

ROB. No hay que darle vueltas. La culpabilidad del capitán David no puede ponerse en tela de juicio.

WAL. Si así fuese, ¿qué se diría del Estado Mayor?

GAS. Que no sabemos donde tenemos la mano derecha, ni damos pie con bola.

WAL. ¿Y de tí?

ROB. ¡Horrores! Diríase que, en efecto, había sido juguete del ocultismo y del magnetismo como se ha permitido decir ese canalla.

GAS. Ya le dije á usted, comandante Robinat, que sus experimentos de hipnotismo acabarían por ocasionarle algún disgusto muy gordo.

ROB. Es que Zola confunde el hipnotismo con la nigromancia, mi coronel.

GAS. Ello es que le ha salido la criada respondona, como yo le dije.

WAL. ¿Y del general Fouquet?

GAS. Buen chaparrón hubiera caído sobre su cabeza. Bien está el prisionero donde está y no hay que buscarle tres pies al gato.

ESCENA III

DICHOS y el general FOUQUET, de uniforme, por el foro

FOU. Mis queridos subordinados...

GAS. Mi general. (Estrechándole la mano).

ROB. Mi general. (Idem).

FOU. ¡Hola, Walter!... La emoción me impide felicitarle en forma más elocuente.

WAL. Gracias, mi general.

FOU. ¡Hemos triunfado!

WAL. En toda la línea.

FOU. Usted absuelto y Zola condenado... ¡Hermosa victoria! ¡Hermosa victoria!

GAS. El copo ha sido redondo.

FOU. Creo que voy á reventar de alegría.

ROB. Bien dicho, mi general. Me asocio á esas frases sublimes.

FOU. A usted se debe, comandante Robinat, en su mayor parte, el exitazo obtenido. Ha revuelto usted media humanidad...

ROB. Gracias, mi general, muchas gracias.

FOU. Ya era hora de que ese cerdo... y conste que así le llama todo el mundo, tuviera un rudo escarmiento... ¿Y qué pretende? Nada menos que la revisión del proceso David...

GAS. De eso precisamente estábamos hablando.

FOU. ¿Hay algo más absurdo, señores?

GAS. ¡Imposible!

ROB. ¡Imposible!

WAL. (Aparte). (Están más obcecados de lo que yo me figuraba).

ROB. ¡Lástima, mi general, que en ese concierto de voluntades se haya dado una nota tan discordante!

FOU. La del coronel Bertrand... No me lo recuerde usted.

GAS. ¡Qué empeño el suyo en hacer la causa de nuestros enemigos!

FOU. Se ha divorciado de sus compañeros de armas.

GAS. Antes que tomar semejante actitud debió haber hecho pedazos su uniforme.

ROB. Creo lo mismo.

ESCENA IV

DICHOS y el coronel BERTRAND por el foro

BERT. El coronel Bertrand se ratifica en todas las palabras que ha pronunciado ante el Consejo de Guerra.

FOU. ¿Qué es eso, coronel? ¿Trata usted de imponernos su criterio? ¿Olvida que no todos aquí son sus inferiores?

BERT. Uso del derecho de defensa, mi general. Aquí se estaba poniendo en tela de juicio la razón que me asiste para haber afirmado, en pleno Tribunal, que el capitán David ha sido condenado, injustamente, á la horrible pena que se halla sufriendo.

FOU. ¿Quiere usted protestar contra la cosa juzgada faltando á lo que sabiamente preceptúan nuestras Ordenanzas.

BERT. Pretendo defenderme como caballero, contra las frases insidiosas que aquí se han pronunciado y que no han tenido el inmediato correctivo que debiera haberles impuesto mi superior jerárquico.

FOU. ¿Estaba usted escuchando?

BERT. Me hallaba en la sala inmediata. No fué menester escuchar porque se hablaba aquí tan recio, que todos han podido enterarse de la conversación. Por lo demás, en la Sala del Consejo, como en cualquiera de las del Ministerio, puesta la mano izquierda en el corazón y la diestra en la empuñadura de la espada, sostengo contra todos, que el capitán David es inocente. Repito que el verdadero autor del memorándum, hallado en los sacos procedentes de la embajada de Alemania, es el comandante Walter Lacy. (Gran pausa de sensación). Entre caballeros no hay jerarquías. El que se considere ofendido y quiera probar el temple de mi acero, sepa que me encuentro dispuesto á sostener mis palabras en todos los terrenos.

FOU. (Pausa). ¡Señores! Este es un *casus belli*... Váyanse á esperar órdenes á la sala inmediata.

Quiero quedar solo con el coronel. De paso manden aviso al oficial de guardia del Ministerio para que se ponga al alcance de mi voz.
(Vánse todos por la izquierda menos Bertrand y Fouquet).

ESCENA V

FOUQUET y coronel BERTRAND

FOU. Coronel Bertrand: ¿Sabe usted cómo castiga el Código Militar la arrogancia que se ha permitido tener en mi presencia?

BERT. Sí, mi general. Mas lo dicho, dicho está y me hallo dispuesto, no sólo á mantener mis frases, pero también á afrontar toda la responsabilidad que haya contraído; mas conste que apelé al honor de los caballeros prescindiendo de los galones.

FOU. ¿Nada significa para usted el prestigio del brillante Cuerpo á que pertenece?

BERT. La justicia ante todo.

FOU. Y la honra de la Francia, ¿tampoco le importa?

BERT. La verdad es anterior y superior á la Francia. La verdad y la justicia, mi general, no son patrimonio exclusivo de ninguna Nación ni de ningún Instituto armado por brillantes que sean sus hechos de armas. Quien honra á la justicia honra á su Patria. Quien hace honor á la verdad, hace honor al Cuerpo á que pertenece.

FOU. ¿Y el espíritu de clase?

BERT. Eso es lo que pierde al Ejército. El militar pundonoroso no necesita para la defensa de su honor más bandera que aquella que pone en sus manos la Patria.

FOU. Filosofías de republicano.

BERT. Filosofías de hombre de bien, mi general.

FOU. Pero, en suma: ¿qué pruebas tiene usted para hacer afirmaciones tan olímpicas?

BERT. Mucho más positivas y ciertas que las que tuvo el primer Consejo para condenar á un inocente.

FOU. Veo que también olvida que ese capitán David profesa la religión judaica.

BERT. Judío ó cristiano, mi general, podía, conforme á la constitución de nuestro Ejército, ostentar con toda dignidad y perfecto derecho, las insignias de su grado. Yo voy más allá que el capitán; yo no profeso ninguna religión positiva y puedo enorgullecerme de pertenecer al Ejército francés.

FOU. Está bien; pero conste que el capitán David es culpable.

BERT. Es inocente.

FOU. Es culpable.

BERT. Es inocente.

FOU. Concluyamos. El único medio que tiene usted para librarse de ser arrestado por desacato á mi autoridad es ese: probarme la certeza de sus afirmaciones.

BERT. Mi general...

FOU. ¿No acaba de afirmar que tiene pruebas positivas? Vengan esas pruebas.

BERT. Acepto, mi general.

FOU. ¿Cómo?

BERT. Digo que acepto.

FOU. ¿Puede usted probarme la inocencia del capitán David?

BERT. Vamos á verlo. (Se acerca á la puerta izquierda y dice en voz muy alta). De orden del general, que pase el coronel Gastón. Los demás que esperen. Con su permiso doy estas órdenes.

FOU. Veamos.

ESCENA VI

DICHOS y el coronel GASTÓN por la izquierda

GAS. A la orden.

BERT. Coronel Gastón. Por mandato del general voy á someterle á un breve interrogatorio.

FOU. Conteste usted categóricamente á las preguntas que le dirija su interlocutor.

GAS. Está bien, mi general.

BERT. En las filas del Ejército tiene usted fama de militar franco y rudo. ¿Promete no faltar á la verdad por su honor de soldado?

GAS. Pero...

BERT. ¿Por qué vacila?

GAS. Lo prometo por mi honor de soldado.

BERT. Usted se hallaba á mis órdenes como subjefe del negociado de Informes. En la causa que se instruyó contra el capitán David figuran dos documentos que sirvieron de base para el fallo del Consejo. ¿Cuándo y de qué manera reconstituyó usted el primer documento? ¿Cuándo y de qué manera reconstituyó usted el segundo?

GAS. Recibí el primer documento en el mes de Junio y el otro la víspera de Todos Santos. Ambos documentos se reconstituyeron en la forma acostumbrada, pegando por orden los pedazos de papel encontrados.

BERT. ¿Cómo, pues, explica usted el hecho de que el primer documento contenga pedazos pertenecientes al segundo y recíprocamente?

GAS. (Algo turbado). No. No me lo explico.

BERT. ¿Cree usted en la posibilidad de que le hayan sido sustraídos?

GAS. Lo niego en absoluto.

BERT. Entonces...

GAS. (Desconcertado). No puedo adivinar... No puedo adivinar cómo ha ocurrido eso.

FOU. Serénese usted, coronel. Medite bien lo que dice.

BERT. ¿Afirma usted que no cambió ninguno de los pedazos?...

GAS. En el primer documento había algunas palabras ininteligibles. Añadí algunas letras, pero...

FOU. ¡Por el cielo! ¿Sabe lo que dice?

BERT. No le interrumpa, mi general. Prosiga usted.

GAS. Lo hice para tranquilizar á mis jefes y en servicio de mi Patria.

BERT. No es eso lo que tratamos de saber. ¿Lo que usted añadió estaba copiado de los documentos?

GAS. No... Sí...

BERT. ¿En qué quedamos?

GAS. Añadí algunas palabras...

BERT. ¿Qué palabras?

GAS. No se referían al asunto.

FOU. ¿Qué no se referían al asunto?

BERT. Más calma, mi general.

GAS. Me hallaba tan seguro de la traición del capitán David, que creí prestar un buen servicio á mis superiores sustituyendo...

BERT. En resumidas cuentas... Recibió usted un sobre con una carta insignificante y en su lugar puso otra de su invención que comprometía al capitán. ¿No es eso? (Pausa). No falte á la verdad. Lo ha prometido por su honor de soldado.

GAS. Puesto que no queda otro remedio, lo confieso; así fué.

BERT. ¿Se convence usted, mi general?

FOU. (Con voz de trueno). ¡Desventurado!

GAS. Mi general. Antes que faltar á mi promesa...

FOU. Se ha deshonrado usted y nos ha deshonrado á todos. Es usted un miserable.

GAS. Creí que servía á la Patria.

FOU. Voy á mandar que le arresten y que se le forme proceso.

GAS. (¡Me he perdido! ¡Antes la muerte que la deshonra!) (Rápidamente, sin que nadie pueda evitarlo, saca un revólver y se lo dispara sobre sus sienes).

BERT. ¡Se ha matado!

ESCENA VII

Aparecen precipitadamente por la izquierda ROBINAT, WALTER LACY y otros varios militares, entre ellos el oficial de guardia

WAL. ¿Quién ha disparado?

ROB. ¿Qué ha sucedido?

WAL. ¡Horror!

ROB. ¡Horror! (Cuadro de muda sensación).

BERT. ¡Señores! El coronel Gastón se ha levantado la tapa de los sesos después de haber declarado, en presencia del general y la mía, que falsificó por su propia mano el segundo documento que aparece en el proceso del capitán David.

FOU. Pero...

BERT. Mi general... Ese cadáver todavía está caliente. Atrévase á negarlo en su presencia.

FOU. Bien; no lo niego; así ha sucedido. Ahora, co-

ronel Bertrand, entregue su espada al oficial de guardia que se halla presente.

BERT. Obedezco. (Desenvainando la espada y entregándosela al oficial de guardia por la empuñadura). Tómela usted, caballero oficial.

FOU. Condúzcale arrestado al cuerpo de guardia hasta nueva orden.

BERT. Corriente; pero antes oigan mis palabras... Ese sangriento cadáver es una dulce promesa de libertad para el infeliz compañero de armas que sufre injustamente una terrible condena. No me compadezcan. Deben envidiarme. Me arrestan; me llevan á la cárcel, pero no voy solo. ¡Viene conmigo el honor del Ejército! (Váse Bertrand seguido del oficial de guardia. Los demás, en grupo de sensación, contemplan el cadáver del coronel Gastón. Cae el telón).

FIN DEL ACTO QUINTO

ACTO SEXTO

CUADRO UNDÉCIMO

El filósofo y el jesuíta

La decoración del cuadro sexto.

ESCENA PRIMERA

PADRE D'AIGLÓN y general FOUQUET

D'AIG. ¿De modo que usted cree?...

FOU. Que no abortará el movimiento...

D'AIG. ¿Mas si el resto de la guarnición de París no lo secunda?

FOU. No tema usted, Padre D'Aiglón... Los ánimos están muy exaltados... El partido nacionalista se pondrá á nuestro lado.

D'AIG. ¿Y el Príncipe?

FOU. Oculto en el hotel de la Duquesa de Berrier, dispuesto á montar á caballo para ponerse al frente de la sublevación.

D'AIG. Eso es muy hermoso... Muy hermoso.

FOU. Hoy termina la novena sesión del Consejo de Guerra que se halla revisando el proceso David... Los jueces militares le condenarán de nuevo, me consta positivamente. Esto soliviantará á sus partidarios... Habrá manifestaciones tumultuosas... Saldrán las tropas á la calle y he aquí el instante que hemos escogido para llevar á cabo nuestro plan.

D'AIG. No hay otro mejor, sobre todo si los sublevados siguen al pie de la letra mis instrucciones.

FOU. No las olvidamos. Un grupo de los más leales y escogidos, asaltará el Ministerio de la Guerra. Otro irá al Palacio de la Presidencia.

D'AIG. Pero simultáneamente. Por regla general estos movimientos fracasan por falta de unidad en la acción. No lo olvide usted, general.

FOU. No lo olvido, Padre D'Aiglón. Por lo demás me hallo dispuesto á morir peleando en las calles por el triunfo de nuestra santa causa.

D'AIG. Hasta cierto punto... Sólo hasta cierto punto...

FOU. No le comprendo.

D'AIG. Ha llegado el instante de decírselo. Si fuese tan formidable la resistencia de las tropas adictas á la República, no es menester que sacrifique estérilmente su vida. Le ocultaremos aquí, en parte donde no es fácil que puedan hallarle. El príncipe hará lo mismo.

FOU. Pero nuestros partidarios no es justo que perezcan en las calles, mientras nosotros...

D'AIG. No hay refugio para tantos. Ya les será recompensado su sacrificio por la eterna bienaventuranza. La vida del príncipe y la de usted son más preciosas y hay que reservarlas para mejor ocasión.

FOU. Seguiré sus consejos.

D'AIG. No le detengo por más tiempo.

FOU. (Consultando su reloj). El tiempo avanza. Desde aquí al juicio de revisión. Luego á los cuarteles.

D'AIG. Serenidad y buen pulso.

FOU. Nos hallamos decididos á todo. Hasta el valle de Josafat.

D'AIG. No, general. Hasta la vista. (Váse Fouquet por la izquierda).

ESCENA II

D'AIGLÓN

D'AIG. ¡Si fracasa este movimiento militar, somos perdidos! Diríase al contemplar el cuadro que ofrece la situación presente, que el Angel Malo

se sobrepone al Espíritu celestial. El Padre Leocadio es arrastrado por las calles de París. El coronel Gastón se levanta la tapa de los sesos, impresionando profundamente á toda la Francia. Se dicta sobreseimiento en la causa incoada al coronel Bertrand y se le deja en libertad. Lo propio ocurre con Emilio Zola. El Sena se traga el cuerpo de Blanca Florisel que no parece por parte alguna, llenando nuestro espíritu de sombras y recelos; y como si todo ésto no fuese bastante, la sala del Tribunal de casación acepta la revisión del proceso, anulando el fallo condenatorio del capitán David, sometiéndole al nuevo Consejo de Guerra que se está celebrando. Pero mi fe no vacila. No es débil columna que cimbrea al menor ruído subterráneo. El Altísimo quiere probar la firmeza de mi carácter por medio de los golpes más rudos de la suerte. Cúmplase su voluntad...

ESCENA III

DICHO Y PADRE DARRÁS por la izquierda

DARRÁS. ¡Padre!

D'AIG. Decid, qué ocurre...

DARRÁS. Un caballero que espera en la antesala desea verle con gran interés. Me ha entregado esta tarjeta.

D'AIG. (Tomándola y leyendo). ¿Emilio Zola?...

DARRÁS. El mismo.

D'AIG. ¿Aquí ese hombre? ¿Aquí el espíritu de Luzbel? Arrojadle... Pero no.., no... Diría que me causa temor. Que pase. (Vase Darrás por la izquierda).

ESCENA IV

D'AIGLÓN solo

D'AIG. Dios no teme al Diablo. El Padre D'Aiglón no rehuye ningún punto de peligro en esta lucha jigante.

ESCENA V

DICHO y EMILIO ZOLA por la izquierda

D'AIG. Ciertamente que es usted el popular Emilio Zola.

ZOLA. Y usted el famoso jesuíta Padre D'Aiglón.

D'AIG. Para servir á Dios.

ZOLA. Yo me consagro al servicio de la Humanidad.

D'AIG. ¿Y qué desea?

ZOLA. Sin rodeos inútiles. Me consta que tiene usted pruebas de la inocencia del capitán David.

D'AIG. Esa afirmación es puramente gratuíta. Sólo Dios penetra en el fondo de las cosas.

ZOLA. ¿Pero afirma ó niega?

D'AIG. Caballero... Las cuestiones que afectan á nuestro sagrado ministerio, sólo pueden resolverse por medio de actos callados de conciencia.

ZOLA. No es mi ánimo entrometerme en cuestiones de disciplina interior. Sólo me ha guiado á su celda un sentimiento de humanidad. Diré el objeto de mi visita. Un Consejo de Guerra se halla revisando un proceso por demás injusto. En el banquillo de los acusados se sienta una víctima tan inocente como el Mártir de la Sagrada Tradición. Usted lo sabe. Ejerce la más poderosa influencia entre los jueces militares, y yo vengo á decirle... Padre D'Aiglón. ¿Quiere ayudarnos á sacar de las garras de la injusticia al pobre capitán David?

D'AIG. Usted olvida que ese pobre David es judío. Que pesa sobre su raza la maldición de Dios.

ZOLA. ¿Cómo? ¿Trata usted de emplear con Emilio Zola el lenguaje que usa con sus más vulgares devotos?... ¿No coloca por encima de todo la Ley de la Humanidad?

D'AIG. Por encima de todo la Ley de Cristo. ¿Qué son ante Jesús los sabios, los humanistas, los filósofos?...

ZOLA. Discutámoslo si le place. La Ley de Cristo, Padre D'Aiglón, debe ser y es forzosamente una ley liberal.

D'Aig. Las leyes liberales no hacen distinción entre las religiones... La de Cristo, sí.

Zola. ¿Y qué son las ideas y las creencias, y las religiones?... Pedazos dispersos, en número infinito, de la gran estatua. Cual pedazo contiene un fragmento que pertenece al rostro. Cual otro, un pedazo de rodilla. Aquél, un dedo mutilado. Este, un segmento de un brazo. Cada uno de ellos posee un perfil de la estatua, ó por lo menos contiene algo de la verdad absoluta. ¿Y qué elemento los une en el orden social? La solidaridad común. La ley liberal de la Humanidad.

D'Aig. Tal manera de argumentar es profundamente herética. Sirviéndome del propio argumento, deberé decirle, que las otras religiones podrán constituir, si se quiere, el pedestal de la gran estatua. Pero mi religión, la religión de Jesús, no puede confundirse con ninguna de aquéllas, por la sencilla razón de que no es, ni un pedazo, ni un algo, como usted dice, y sí la verdad absoluta, ó sea la estatua entera.

Zola. Distingo. La estatua entera es Dios y la idea de Dios es común á todas las religiones.

D'Aig. Partimos de distintos criterios.

Zola. No lo creo así, Padre D'Aiglón; el Cristo de mi moral es el Jesús de su moral. Nos separa tan sólo una cuestión de conducta. Mientras que yo deduzco de la noble personalidad de Jesús y su hermosa doctrina, procedimientos aplicables á la vida de relación de los pueblos para hacer la dicha de los hombres, desterrando de su corazón la maldad y la soberbia, ustedes parecen complacerse en deducir la tesis contraria, siguiendo una conducta que se halla en evidente contradicción con la sublime naturaleza del Mártir del Calvario. Mi conducta une á los hombres borrando sus diferencias, sus odios, hasta sus fronteras. La de ustedes los divide por medio de razas y guerras y maldiciones, habiendo hecho de gran parte de la historia de la humanidad un inmenso campo de batalla.

D'Aig. ¡Caballero! Se exalta demasiado.

ZOLA. Es verdad. En el calor de la discusión olvidaba el objeto principal de mi visita. Padre D'Aiglón. Pruébeme lo contrario de lo que afirmo cogiéndose á mi brazo para salvar á un inocente.

D'AIG. Yo no puedo intervenir en esa odisea de masones y judíos.

ZOLA. ¿No accede á llevar á cabo esa obra de justicia?

D'AIG. Jamás.

ZOLA. Medítelo bien. Un sólo individuo excluído de las leyes del amor hace estéril la sangre derramada en el Gólgota.

D'AIG. Preciso es ya que el Padre D'Aiglón recoja el guante que le arroja el autor de *Naná* y *Teresa Raquín*. ¿Qué pretende el espíritu engreído por la ciencia; el hombre del análisis, el libre examen, el socialismo y la revolución? ¿Pretende acaso arrebatarnos la interpretación más exacta de la doctrina de Jesús?

ZOLA. Pretendo solo librar á un inocente de las garras de la traición y la injusticia. Deseo evitar un sacrificio humano.

D'AIG. El sacrificio es la ley de la vida. Este mundo no es el reino de la dicha.

ZOLA. Error profundo que vá unido á una doctrina de muerte. Los dolores sociales deben evitarse.

D'AIG. ¿No acepta el sacrificio de la caridad?

ZOLA. Puede suprimirse.

D'AIG. ¿Ni el de la Patria?

ZOLA. Lo hace innecesario la humana fraternidad.

D'AIG. ¿Luego no hay aceptable ningún género de sacrificio?

ZOLA. Uno solo.

D'AIG. ¿Cuál?

ZOLA. El del trabajo.

D'AIG. Y el náufrago de la vida ¿no puede elegir por voluntario sacrificio la soledad de un claustro, el dolor del cilicio?

ZOLA. Quien ama la soledad, quien desea la tortura física, puede optar por un sacrificio mucho más hermoso y fecundo.

D'AIG. ¿Cómo y dónde?

ZOLA. En las obscuras celdas que le ofrecen las en-

trañas de la tierra. En las minas de carbón, por ejemplo.

D'AIG. Concluyamos, caballero. Iré al Palacio de Justicia para emplear todos mis recursos en la conversión de David al Catolicismo.

ZOLA. ¿Y no á librarle del cautiverio?

D'AIG. No está en mi mano.

ZOLA. Basta, Padre D'Aiglón. Ante esa dureza de alma, me retiro; pero antes oiga mis palabras de despedida. Ustedes no son soldados de Jesús. Así; con rudeza.

D'AIG. ¡Pruebas!

ZOLA. ¿Quiere pruebas? Allá van: Quien explota el confesonario; quien destruye el corazón de los hombres y falsea el carácter de las mujeres; quien hace del Corazón de Jesús un arma de combate; quien habita en opulenta morada, llamándose ministro de Dios, mientras hay cristianos que se mueren de hambre en zahurdas miserables, ese será un idólatra, un fanático, un mercader, un hipócrita, un fariseo... todo, menos soldado de Jesús.

D'AIG. ¡Qué sacrilegio!

ZOLA. ¡La cruz duele! No hay que falsificar las cosas, señor mío. El dolor no se compra ni se vende. La cruz es un leño que ustedes los jesuítas han convertido en un artículo de lujo. Para cargar con ese leño hay que sufrir necesariamente. No es lo mismo ceñir las sienes con corona de espinas que con diadema de jazmines ó tiara cuajada de piedras preciosas. No es lo mismo sudor de agonía que vapor de champagne. Cristo subió la amarga cuesta espirante de dolor... Ustedes suben al Calvario en coche, diciendo á las muchedumbres que les sigan con los pies descalzos. He dicho, y hasta otra. (Váse Zola por la izquierda. D'Aiglón por la derecha santiguándose).

CUADRO DUODÉCIMO

Libre y deshonrado

Telón corto de pasillo perteneciente al Palacio de Justicia.

ESCENA PRIMERA

Al hacerse la mutación aparecen por la derecha el general FOUQUET, el comandante WALTER LACY y el comandante ROBINAT

FOU. Ya lo han visto ustedes... El Consejo de Guerra ha vuelto á condenar al capitán Alfredo David... (Dentro rumores). Esos rumores indican que el pueblo se ha soliviantado... No tardarán en convertirse las calles de París en campo de batalla.

ROB. No hay tiempo que perder.

FOU. Vaya usted, Lacy, á comunicar al general Lacroix el resultado del Consejo. (Váse Walter por la derecha).

ESCENA II

FOUQUET y ROBINAT

ROB. Mi general, ahora que estamos solos, he de comunicarle un hecho que he presenciado y que es causa de mis recelos.

FOU. ¿Qué ha ocurrido?

ROB. Al terminar su declaración ante el Consejo el coronel Bertrand, advertí que una mujer, una enlutada siguió sus pasos. Le alcanzó y al pasar junto á él, puso un pliego en sus manos, siguiendo luego su camino. El coronel se paró para leerlo aprovechándose de la luz que entra por una de las ventanas que dan al pasillo. Observé que el coronel se inmutó ostensiblemente; guardóse el escrito y desapareció con paso precipitado, como quien toma una resolución que debe ser ejecutada con gran rapidez.

FOU. ¡Diablo! ¿Cree usted que ese hecho?...

ROB. Es muy sospecho, mi general.

FOU. Comuníqueme sus recelos. ¡Ay de nosotros si abortase nuestro plan!

ROB. Aquella señora...

FOU. ¿La dama enlutada?

ROB. La misma.

FOU. ¿Quién era?

ROB. No se ría usted de mí. Juraría que era...

FOU. Acabe usted.

ROB. Blanca Florisel...

FOU. ¿Blanca? Imposible.

ROB. ¿Por qué razón? El hecho de que haya súbitamente desaparecido de París no es un obstáculo.

FOU. Es verdad; sólo que el Padre D'Aiglón, me afirmó rotundamente que esa mujer no volvería á pisar las calles de París. ¿Se fijó bien en su rostro?

ROB. Me hallaba algo distante, pero así y todo no abrigo la menor duda... ¡Era ella!

FOU. Desechemos todo temor. No es esta hora de escrúpulos ni desmayos. Vamos al Palacio de la Duquesa de Berrier. El Príncipe estará impaciente por saber noticias.

ROB. Como usted quiera.

ESCENA III

Al pretender salir por la izquierda se encuentran frente por frente con el coronel BERTRAND

FOU. ¿Qué significa esto?

ROB. (¡Maldición!)

BERT. Esto significa, mi general, que adelantándome á los deseos de Vuecencia he preparado un coche para que le conduzca al Palacio de la Duquesa de Berrier.

FOU. ¿Cómo? (Poniendo la mano á la empuñadura de la espada).

ROB. ¿Cómo?

BERT. Quietos los aceros... Toda tentativa de resistencia es inútil, mi general. O vivos ó muer-

tos, tengo orden de conducirles á las prisiones militares de Cherche-Midi.

FOU. ¿Quién ha dispuesto eso?

BERT. El Presidente de la República Francesa. He aquí la orden. (Le entrega un pliego. El general lo lee y dice aparte).

FOU. (¡Todo se ha perdido!)

BERT. (Acercándose á la derecha). ¡Hola!

ESCENA IV

DICHOS y OFICIAL DE GUARDIA con dos soldados por la izquierda

BERT. Caballero oficial... Disponga usted que la guardia que tiene á sus órdenes, haga los honores al general, escoltándole hasta el carruaje que se halla preparado al extremo de la calle... El comandante vá en su compañía... ¡Cuando ustedes gusten!...

FOU. ¿Pero?...

BERT. (Empuñando rápidamente su revólver y apuntando con él al general). Orden de levantarle la tapa de los sesos á la menor resistencia... ¡A la cárcel!

FOU. ¡Vamos!... (Vánse todos por la izquierda).

ESCENA V

Aparece por la derecha ZOLA y MASSENET con toga

ZOLA. Retirémonos á este lugar. Apartémonos de la curiosa multitud... No vean, amigo, Massenet que Emilio Zola está llorando sobre los escombros de la Justicia derruída.

MASSEN. He de serle franco. Para mí, el desenlace estaba previsto. Sabía que David sería condenado de nuevo.

ZOLA. ¿Cree usted que los vocales del Consejo no se hallan convencidos de la inculpabilidad del acusado?

MASSEN. Sí; pero han votado por obediencia. Por no faltar á la disciplina.

ZOLA. ¡Esto es horrible, Massenet; esto es horrible!

MASSEN. Hay que hacer una excepción. Dos de los jueces han votado en favor del capitán.

ZOLA. Tal es el caos, que hay que levantar estatuas á los que cumplen con su deber. ¡Condenado David! ¡Qué escarnio! Así, cuando dentro de algunos meses vengan los pueblos á la cita que les ha dado nuestra Exposición universal, podrán ver al inocente dos veces condenado.

MASSEN. Mereceremos su desprecio.

ZOLA. Vendrán á regocijarse entre nosotros, beberán nuestros vinos, y abrazarán á nuestras mujeres como en la baja hospedería donde se triunfa fácilmente.

MASSEN. ¡Pobre mujer la esposa del capitán!

ZOLA. ¡Con qué angustia esperaba el fallo del Consejo!

MASSEN. ¡Qué golpe al recibir la estupenda noticia!

ZOLA. Cayó desmayada en mis brazos como herida por un rayo.

MASSEN. Llevar de nuevo á David á la Isla del Diablo es un crimen de lesa humanidad.

ZOLA. ¡La cárcel para él! ¡La muerte para su esposa! ¡La deshonra para su hijo!

MASSEN. Y sobre las ruínas de estos seres la victoria impúdica con penachos y galones.

ZOLA. Estoy abochornado. He oído las amenazas de muerte de la multitud. He sido brutalmente ultrajado, pero nada tan amargo como el dolor que acabo de experimentar. Ha triunfado la crueldad seca y senil propia de un animal humano, que ha escapado hasta ahora al análisis de los biólogos. ¿Será verdad, Massenet, que la vida es un contrasentido? ¿Tendrá razón Chopenahuer, el gran escéptico, para pedir como un bien supremo el suicidio de toda la Humanidad?

MASSEN. Aquí viene la esposa del capitán.

ESCENA VI

DICHOS y ELVIRA por la derecha

ZOLA. (Saliendo á su encuentro). ¡Ah, señora!

ELV. (Sollozando, reclinando la cabeza sobre el hombro de Zola). ¡Mi Alfredo! ¡Mi Alfredo deshonrado y perdido para siempre!

ZOLA. Señora mía, no sé qué decirla. No sé cómo infundirla aliento para soportar el peso de esta cruz. Me encuentro tan dolorido como usted. Creo que para este caso las lágrimas son un piadoso lenitivo. Llore usted, señora... Llore usted. Yo también lloro por dentro.

MASSEN. ¡Valor, señora, valor!

ELV. ¡Valor se tiene para luchar, para morir! ¡Para vivir sin esperanza lejos del sér amado que es nuestra vida!... ¿dónde está el valor? Yo lo deseo. Lo busco por todos los rincones de mi alma, y no lo encuentro... ¡No lo encuentro!

ZOLA. Sólo un pensamiento puede fortalecer su espíritu en estas críticas circunstancias. El recuerdo de su hijo. Piense usted en su hijo, señora.

ELV. Ni el amor de mi hijo puede darme el valor que necesito. El golpe es muy rudo, señor; tanto, que tengo que hacer esfuerzos sobrehumanos para no volverme loca de desesperación.

ESCENA VII

DICHOS y GENARO DAVID por la derecha con un telegrama en la mano

GEN. ¡Elvira! ¡D. Emilio! ¡Massenet!

ZOLA. ¿Qué ocurre?

GEN. ¡El indulto! ¡El indulto!

ELV. ¡Ah! (Se apodera del telegrama).

MASSEN. ¡Loado sea Dios!

ELV. (Leyendo). «Fechado en París.—El Presidente de la República, de acuerdo con el Consejo de Ministros, ha indultado á su hermano Alfredo.»

ZOLA. ¡Libre, pero deshonrado!

ELV. Gracias, Dios de la Creación. Gracias, Poder Divino, que en una ú otra forma gobiernas el destino de las criaturas. ¡Voy á enloquecer de alegría! (Besando locamente el telegrama).

MASSEN. (A Genaro). Mi enhorabuena.

GEN. Gracias.

ZOLA. Y la mía.

GEN. Nuestra gratitud será eterna.

ELV. Vamos á comunicarle á mi esposo la noticia.

TODOS. Vamos. (Vánse por la izquierda).

CUADRO DÉCIMOTERCERO

La voz de Dios

Sala de prisión con poca luz.

ESCENA PRIMERA

El CAPITAN DAVID, sentado, oyendo al PADRE D'AIGLON

D'AIG. Si es inocente, tanto mejor para soportar con resignación cristiana el golpe que le tiene anonadado.

DAV. ¡Mi mujer! ¡Mi hijo!

D'AIG. Su profundo dolor necesita un asidero para soportar la vida. La religión de usted no lo tiene. ¿Quiere un punto de apoyo para el descanso de su alma triste y dolorida?

DAV. ¿Dónde está?

D'AIG. En la fe cristiana, base de nuestra santa Religión.

DAV. Pero acaso mis jueces, ¿no son también cristianos? Dígame: ¿Por qué me condenan injustamente? ¿Por qué no rompen sus espadas y rasgan sus uniformes antes que repetir esta espantosa iniquidad? ¿Qué ejemplo me ofrecen para que yo me ampare en su doctrina? ¿Usted profesa la Religión de Cristo?

D'AIG. Sí tal.

DAV. ¿Milita en la Compañía de Jesús?

D'AIG. Esa es mi gloria.

DAV. Pues diríjase á ellos, á mis verdugos. Echeles al rostro la infamia que han cometido. ¡A ellos! ¡A ellos!

D'AIG. ¡Tenga calma! Serene la tempestad de su espíritu.

DAV. No me pida calma. Pídame sangre, desesperación y muerte. ¿Quiere usted hacerme un favor inmenso?

D'AIG. ¿Cuál?

DAV. Ponga el rayo en mi diestra. Sólo viendo cómo perece la raza humana conseguirá aplacarse la ira que siento hervir en mi pecho.

D'AIG. La cólera le ciega y le impide ver que este mundo no es el reino de las almas. Salve siquiera la vida eterna, capitán.

DAV. Yo no soy capitán. Mi honor es una sombra. Las insignias me fueron arrancadas á tirones. Dejáronme sólo con los harapos del uniforme. ¡Dos veces me han deshonrado!

D'AIG. Grande es su dolor, pero es más grande la Omnipotencia Divina.

DAV. ¿Qué diría usted si una mano aleve le desgarrase la túnica? ¿Si una multitud sacrílega le escupiese, le abofetease?

D'AIG. Lo aceptaría con resignación como un sacrificio necesario para la salvación de mi alma. Piense en la otra vida.

ESCENA II

DICHOS y ZOLA por la izquierda

ZOLA. Basta, Padre D'Aiglón, basta de sermones sobre la otra vida. ¡Un abrazo, capitán!

DAV. (Abrazándole). ¡Zola! ¡Mi protector! ¡Mi amigo!

D'AIG. (Aparte). (¿De dónde ha salido este Luzbel?)

ZOLA. Puesto que ha venido, no se vaya Padre D'Aiglón. Le invito á contemplar un hermoso cuadro, al natural, propio de esta vida terrena donde vivimos en perpetuo combate por culpa de ustedes. Amigo David, ensanche su corazón. Le han condenado, pero no se cumplirá la condena.

DAV. ¿Cómo?

D'AIG. ¿Qué dice este hombre?

ZOLA. Se ha encontrado el medio inicuo de conciliar lo que parecía inconciliable: la deshonra y la libertad. El Presidente de la República le ha indultado.

DAV. ¡Gran Dios!

D'AIG. ¿Es eso cierto? (Maldición).

ZOLA. Serenidad para la alegría.

DAV. ¡El indulto! (Estupefacto).

ZOLA. Abra usted los brazos para recibir en ellos á las prendas más queridas de su corazón. (Antes de que David salga de su estupor, Zola se acerca á la izquierda y grita). ¡Aquí todos!

ESCENA III

DICHOS, ELVIRA, GENARO y MASSENET por la izquierda

ELV. ¡Alfredo!

ALF. ¡Elvira! (Se abrazan).

GEN. ¡Hermano mío!

DAV. ¡Genaro!

ZOLA. Mire usted, Padre D'Aiglón, mire que grupo tan hermoso forman esos judíos. ¡Esa si que es Trinidad! El amor ha confundido sus almas en una sola. El espíritu de Jesús está con ellos. No del Jesús que ustedes han inventado y falsificado, no, sino del otro, del Jesús auténtico, cuya admirable doctrina se ha convertido al servicio de ustedes, en un mal social...

DAV. Salgamos pronto de aquí... Quiero respirar el aire puro de la libertad.

ESCENA IV

DICHOS y el coronel BERTRAND con soldados por la izquierda

BERT. Un momento, señores. El Padre D'Aiglón, de la Compañía de Jesús...

D'AIG. Yo soy.

BERT. Queda usted detenido en esta misma cárcel.

D'AIG. ¿Qué significa esto?

BERT. Esto significa que la conspiración militar amparada y organizada por usted, ha fracasado.

D'AIG. ¿Y quién ha sido el delator infame?

ESCENA V

DICHOS y BLANCA FLORISEL por la izquierda

BLA. Yo.

D'AIG. ¡Blanca Florisel!

BLA. La misma.

D'AIG. ¿No te tragaron las aguas del Sena?

BLA. ¡Monstruo! ¡Te ha vencido una mujer!

ZOLA. Coronel, Genaro, Massenet: regocijémonos por este triunfo de la justicia. (Dentro coro lejano entonando la Marsellesa). Para que nada falte, oigan á lo lejos el canto del pueblo, que se regocija por la libertad que recibe un inocente. Aquí el abrazo del amor... Allá el himno de la fraternidad... Aquí el espíritu de la justicia. Allá la voz del pueblo, que es la voz de Dios. (Todos se descubren. Cae el telón pausadamente).

FIN DEL DRAMA

EPÍLOGO

Rehabilitación del capitán David

Y

Glorificación de Zola

PERSONAJES

Elvira de David.
Alfredo David.
El general Bertrand.
El abogado Massenet.
Genaro David.
Un oficial del Ejército francés.
Jefes y oficiales del E. F., gendarmes y pueblo.

La acción en Francia, el día de la rehabilitación del comandante Dreifus.

CUADRO PRIMERO

Telón corto de selva.

ESCENA PRIMERA

Salen por la derecha BERTRAND, ascendido á general, y el abogado MASSENET

MASSEN. ¡Grande ha sido el triunfo de la Justicia!

BERT. La República francesa se ha cubierto de gloria ante el mundo civilizado. No lo digo esto por mi rehabilitación y ascenso á general, sino por el orgullo que siento de ser hijo de una patria que de tal modo reivindica á un inocente.

MASSEN. David estará también orgulloso.

BERT. Lo está, mi querido Massenet. Mucho ha sufrido; pero es tan grande la satisfacción que experimenta, que se considera compensado suficientemente de todas sus angustias pasadas.

MASSEN. Yo también me siento orgulloso de pertenecer al pueblo francés. Considero que el derecho se halla sobre todas las instituciones, siendo superior al hombre. Cuando se lesiona á la Justicia por pecado ó por error, el pueblo donde esto sucede no puede levantar la frente con dignidad, si el derecho no se repara y la justicia no se impone. Francia va á descargarse dentro de breves momentos de la carga que pesaba sobre ella. La luz va á disipar las sombras que envolvían con su misterio la verdad luminosa. David será rehabilitado pese á todos los enemigos interesados en que nuestra patria no aparezca como la antorcha cuyos resplandores van llenando de claridad la conciencia de todos los hombres. ¡Hermoso ejemplo que acabará por despertar á todos los pueblos ávidos de libertad y justicia!

BERT. (Estrechando afectuosamente la mano á Massenet). Me ha conmovido usted, Massenet.

MASSEN. Porque también bajo su uniforme se oculta y palpita un gran corazón... ¿Cómo?... Y hasta veo que se han humedecido sus ojos.

BERT. ¿Sabe usted para quién son estas lágrimas?

MASSEN. Lo adivino.

BERT. Son de recuerdo para Emilio Zola. ¡Qué implacable fué con él la Naturaleza! ¡Morir de un modo tan vulgar aquel gran patriota! Apagar la luz de aquel portentoso cerebro la falta de oxígeno en el aire. ¡Rayos de Dios! Hay momentos en que es preciso renegar de esas leyes naturales que no respetan la vida de las grandes figuras de la Historia.

MASSEN. Zola no ha muerto. Vive lo que en él vivía de mayor mérito; la obra de un espíritu gigante. Hoy se cubren de negros crespones las banderas de la Francia; pero revive Zola al conjuro de la justicia y se levanta como Lázaro de su tumba para presidir en forma impalpable este gran día de gloria. (Oyense dentro cornetas).

BERT. Os dejo, Massenet. Voy á ponerme al frente del cuadro que están formando las tropas para realizar el acto hermoso de la rehabilitación del capitán David.

MASSEN. Estrechad mi mano.

BERT. Con toda efusion.

MASSEN. ¡Viva Francia!

(Váse Bertrand por la izquierda).

ESCENA II

MASSENET

MASSEN. Esta es la obra de Zola. Su artículo «Yo acuso,» ha servido de génesis á la fórmula política que hoy tiene la Francia. En aquel artículo, con savia del cerebro y vislumbres del porvenir, Zola encerró la semilla que ha dado tan ópimos frutos de redención y libertad..., de redención para un inocente, y de libertad para el pueblo.

ESCENA III

DICHO, ELVIRA y GENARO por la derecha

ELV. ¡Massenet! ¡Mi buen amigo Massenet!

MASSEN. Bien venida, señora. ¡Hola, Genaro! (Estrechándose las manos).

GEN. ¡Gran día!

ELV. ¡Día de gloria!

MASSEN. ¡Cuán hermosa es la justicia!... ¿no es verdad?

ELV. Mi corazón rebosa de júbilo.

MASSEN. Legítima es su dicha después de los sinsabores que ha sufrido.

ELV. Los he dado al olvido, y si aún hago recuerdo de alguno de mis pasados dolores, es por el lugar que me rodea, testigo hace años de mi amargura. Por aquí mismo pasé para ir á mi calvario, y por este mismo sitio vuelvo á pasar para llegar al colmo de mi felicidad.

GEN. Más vale no recordarlo.

MASSEN. Tiene razón Genaro. Acuérdese usted sólo de su dicha. Tenga presente la hermosa reivindicación que va á obtener su esposo, para que su alma se inunde de luz y alegría.

ELV. Siempre habrá una espina en mi corazón, Massenet.

MASSEN. ¡Zola!

ELV. Sí. Zola.

GEN. Daría mi vida porque él recobrase la suya, con objeto de que pudiese presenciar su glorioso triunfo.

MASSEN. Ya vive en nuestros corazones.

ELV. Con un altar en el mío. (Dentro gritos como de multitud entusiasmada y muy definidos los gritos de)

UNA VOZ. ¡Viva la justicia! (Contestados por)

MUCHOS. ¡Viva!

UNA VOZ. ¡Viva el inocente!

MUCHOS. ¡Viva!

MASSEN. Ya lo oye usted, señora. El pueblo ya no grita: «¡muera el perro judío!» La conciencia popular ha girado como la sombra gira para

dar paso á la luz. Vamos á presenciar el acto hermoso. ¡Vamos al reino de la justicia!

ELV. ¡Vamos!

CUADRO SEGUNDO

Aparece la misma escena y decoración que sirven en el drama para la degradación de David.

ESCENA PRIMERA

Tropas, banderas y estandartes; general BERTRAND, jefes y oficiales y DAVID en el centro del cuadro, como en su degradación, pero con otro ambiente. Al levantarse el telón se oyen rumores regocijados.

BERT. (Levantando la espada para que tambores y clarines hagan silencio; hecho esto, dice): ¡Presenten!... ¡Armas! (Ejecutan las tropas el movimiento mandado; y después de PAUSA, dice en tono de arenga): ¡Capitán David! La República francesa reconoce que ha sido injusta con usted. La justicia humana no es infalible, y cayó en el error judicial de condenaros como culpable, siendo inocente. Los dolores que usted ha sufrido no pueden ya repararse, pero sí que puede tener rehabilitación ante los ojos del mundo entero la inocencia de usted. El Presidente de la República me encarga que le sean devueltas sus insignias y que sea reivindicado en su honor y en su fama, en el mismo sitio en que fué degradado.

DAV. La emoción embarga todos mis sentidos... ¡Gracias, mi general! ¡Viva Francia!

TODOS. ¡Viva!

BERT. (Después de hacerse el silencio). Cíñanle la espada.

OFICIAL. (Le ciñe la espada y le besa en la mejilla, diciéndole): ¡Salud y honor, compañero!

ESCENA II Y ÚLTIMA

Salen por la derecha ELVIRA y GENARO

ELV. ¡Esposo de mi alma!

GEN. ¡Hermano mío!

DAV. ¡A mis brazos!

BERT. ¡Soldados! este es un gran día para la Patria y para el Ejército. ¡Viva Francia!

TODOS. ¡Viva!

Cuadro final apologético; descórrese el telón del foro y pasa ZOLA sobre un estrado; á sus pies, tendidos en el suelo, algunos *jesuitas*. La Fama sostiene sobre la cabeza de ZOLA una gran corona. En torno, los diferentes pueblos de Europa con sus trajes típicos y banderas. Todo inundado de mucha luz. La música toca la Marsellesa.

FIN DEL EPÍLOGO

Librería MARAGUAT

ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

PINTOR SOROLLA, 30

VALENCIA

Obras de autores contemporáneos Españoles y Extranjeros, en Literatura, Ciencias y Artes.

Periódicos y revistas ilustradas extranjeras. Albums de modas, últimas novedades.

Guías Baedeker para todas las Naciones, edición en francés.

Guías de Ferrocarriles de España y extranjeras.

Atlas de Geografía é Historia de Vidal de Lablache, Justus Perthes y otros autores.

Esferas modernas y Mapas de diferentes Naciones.

Mapas de España en relieve.

Mapas mudos.